ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Júpiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Marc Brandel

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de la paloma mensajera

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 37

ePub r1.1

Titivillus 01.05.2017

Título original: *The Mystery of the Two-Toed Pigeon*
Marc Brandel, 1984
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




Titivillus
epublibre
Más libros,
más libres
4
ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA

CAPÍTULO 1
EL HOMBRE DEL TIC

—Os propongo que vayamos al Caballito de Mar a tomar una hamburguesa —lanzó Pete Crenshaw a los otros dos muchachos.

Comenzaban las vacaciones de verano. Los Tres Investigadores, Júpiter Jones, Bob Andrews y Pete, habían pasado la mayor parte del día nadando en su playa favorita. Ahora regresaban a casa en bicicleta por la carretera de la costa hacia Rocky Beach, una pequeña ciudad costera al sur de California, a pocos kilómetros de Santa Mónica.

Bob aceptó enseguida y aumentó la velocidad para alcanzar a Pete.

Júpiter Jones, el Primer Investigador, consideró la sugerencia con su método habitual. Por un lado estaba acalorado y cansado. Nunca le entusiasmaba el ejercicio físico; prefería utilizar su cerebro… y la idea de detenerse en el Restaurante Caballito de Mar era muy tentadora.

Por otro lado, Júpiter era bastante grueso para su estatura. Incluso había oído a un par de niños de su colegio referirse a él como «ese gordo», y había tomado la resolución de hacer algo al respecto durante este verano, perder por lo menos dos kilos antes de que volviera a empezar el colegio en septiembre.

Mientras escalaba trabajosamente la colina con su bicicleta, consideró la cuestión un poco más. Había estado nadando, llevaba varios kilómetros pedaleando y había quemado un considerable número de calorías… Y además, tenía apetito.

—De acuerdo —les gritó a los otros dos—. Paremos en el Caballito de Mar.

El restaurante estaba casi vacío a aquella hora de la tarde. Los Tres Investigadores encontraron una mesa cerca de la ventana que daba a la carretera. Pete se repantigó cómodamente en su asiento. Bob estudió el menú.

El Primer Investigador observaba atentamente a las pocas personas que estaban en el establecimiento, entregándose a su afición predilecta de tratar de deducir lo que pudiera de la gente por su rostro, su modo de vestir o su comportamiento.

Un hombre, en particular, despertó su interés. Era delgado y bastante bajo, alrededor de un metro sesenta. Llevaba un traje oscuro, una camisa de cuello abierto y zapatos negros y puntiagudos. Tenía unos pies sorprendentemente grandes para su estatura. Por el boleto de apuestas a las carreras de caballos que asomaba de su bolsillo, Jupe adivinó que era un apostador, un jugador.

Mientras el hombre permanecía sentado ante la barra con una taza de café delante, no cesaba de girar en su taburete mirando nervioso por la ventana hacia la carretera. Cada vez que lo hacía, alargaba el brazo para tocar una gran caja cuadrada que estaba en el taburete contiguo, como para asegurarse de que seguía allí. La caja estaba envuelta en una tela de arpillera pulcramente doblada en las esquinas.

Júpiter volvió la cabeza ligeramente para poder ver el tráfico y al mismo tiempo observar al hombre menudo del traje oscuro por el rabillo del ojo.

Varios automóviles pasaron velozmente casi sin hacer ruido. El hombre no les prestó atención. Luego Jupe oyó el ruido de un motor más potente que se aproximaba. El hombrecillo saltó de su asiento y se quedó mirando alerta y expectante hacia la ventana. Un tractor apareció ante su vista. El hombre volvió a sentarse.

Debía estar esperando un vehículo pesado, una camioneta o un camión, pero no un tractor.

La camarera les trajo sus hamburguesas. Jupe quitó la parte superior de su panecillo y la dejó a un lado. De este modo reducía la ingestión de hidratos de carbono. Volvió a mirar al hombre del traje oscuro y por un momento sus ojos se encontraron.

Entonces ocurrió algo extraño. El hombre le hizo un guiño y Jupe le sonrió.

Al parecer, el otro lo tomó como una invitación. Abrazado a su caja cuadrada, se acercó a la mesa donde estaban sentados los Tres Investigadores.

—¿Habéis estado nadando? —La pregunta era intranscendente, pero el modo en que fue hecha parecía darle un significado oculto porque, en cuanto el hombre hubo terminado de hablar, les volvió a guiñar un ojo.

—Sí —le dijo Pete con una sonrisa y la boca llena de hamburguesa—. En Wills Beach.

—¿WilIs Beach, eh? —repitió el hombre—. No me extraña que tengáis apetito.

Guiño.

Aquel comentario no tenía nada de particular, pero los Tres Investigadores no pudieron por menos de echarse a reír. Dijera lo que dijese aquel hombre, el guiño final lo hacía parecer un chiste.

El hombre les sonrió.

—¿Os importa que me siente junto con vosotros? —preguntó.

Guiño.

Jupe se corrió hacia la ventana y el hombre se sentó a su lado, dejando la caja cubierta de arpillera en el suelo junto a él.

—Me llamo Stan —dijo dedicándoles otro guiño sugestivo con su ojo derecho.

Los tres niños se presentaron:

—Jupe, Pete, Bob.

—Celebro conoceros. —Jupe no pudo ver si guiñaba después de decir esto. Stan salió disparado de su asiento para acercarse a la ventana, al escuchar el ruido de otro vehículo pesado que se acercaba. Era una cuba de gasolina. Stan volvió a sentarse.

—Stan. Abreviatura de Stanley —continuó al cabo de un momento—, pero todos me llaman Guiños. Me figuro que ya veis el por qué.

Aunque volvió a guiñar después de decir esto, ninguno de los muchachos se rió esta vez. Comprendieron que el guiño constante de su ojo derecho era involuntario. No lo hacía a propósito. No podía remediarlo. Era un tic nervioso.

Bob se compadeció de él en su interior. Los Tres Investigadores sintieron más afecto hacia él todavía cuando llamó a la camarera y le tendió un billete de diez dólares.

—Yo invito —le dijo. Guiño—. Yo pago lo de todos. ¿De acuerdo? —Guiño.

La camarera puso los brazos en jarras mirándole con el entrecejo fruncido. Probablemente estaba cansada de clientes dispuestos a propasarse. Luego asintió con la cabeza, cogió el dinero y regresó a la barra.

Los tres muchachos agradecieron a Guiños su gentileza. Por espacio de varios minutos no se oyó el ruido de ningún camión y todos se relajaron. Jupe había terminado su hamburguesa y se sentía satisfecho de sí mismo por haber dejado la mitad del panecillo sin comer. Y eso le hizo sentirse animado.

—¿Le gusta vivir en Santa Mónica? —le preguntó a Guiños.

Guiños se enderezó en su asiento y su mano sujetó con fuerza la caja que tenía a su lado. Durante unos instantes su párpado derecho subió y bajó como el obturador de una cámara de cine.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —preguntó con voz ronca.

Júpiter no había querido asustarle y le sonrió para que se tranquilizara.

—Es sólo un juego al que me gusta jugar —le explicó—. Cuando llegamos sólo habían tres coches en el aparcamiento. En uno de ellos había un osito de felpa en el asiento delantero, de modo que supuse que pertenecería a esa señora de ahí, la que va con esa niña pequeña. El segundo llevaba una tabla de surf atada encima del techo —el Primer Investigador le señaló un joven musculoso de cabellos decolorados por el sol que sorbía su
Coca-Cola
en la barra—. Ese es la única persona de aquí que podría practicar el *surfing* —indicó—. Y el tercer automóvil tenía el nombre de un comerciante de Santa Mónica debajo de la matrícula, por eso me figuré que debía ser el suyo.

Guiños le miró unos instantes en silencio.

—Ya comprendo —le dijo—. Es un juego. Es como si jugaras a ser detective.

—Bueno, no jugamos exactamente a eso. —No es que Júpiter se sintiera ofendido, sólo consideró que debía dejar bien claro quiénes eran él, Pete y Bob—. Somos detectives. Los Tres Investigadores.

Sacó una tarjeta del bolsillo de su camisa y se la entregó a Guiños. La había impreso él mismo en la vieja imprenta que su tío

Titus había comprado como chatarra para su quincallería, el Patio Salvaje. La tarjeta decía así:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Debajo aparecía el número de teléfono privado de su Cuartel General en la chatarrería.

Guiños leyó la tarjeta cuidadosamente.

—¿Y qué significan esos interrogantes? —preguntó.

—Representan los misterios no resueltos, los problemas sin solución —le dijo Jupe.

—Son, como si dijéramos, nuestra marca registrada particular —añadió Bob.

Guiños asintió y parpadeó mientras guardaba la tarjeta en su bolsillo.

—¿Tenéis muchos…? —comenzó.

No terminó la frase. Jupe nunca supo si iba a preguntar si tenían muchos «misterios», «investigaciones» o «clientes». Guiños estaba de nuevo en pie mirando por la ventana. Jupe oyó en la distancia el ruido de un motor y vio una camioneta verde que subía la colina y que luego pasó por delante del restaurante. El conductor parecía un oriental.

Júpiter se volvió para mirar a Guiños, pero el hombrecillo del traje oscuro ya no estaba allí, sino a medio camino de la puerta. Al instante siguiente salía corriendo hacia el aparcamiento.

Pete fue el primero en reaccionar. Por ser atleta tenía los reflejos

más rápidos que los otros. Cogió la caja cuadrada del suelo y corrió tras Guiños.

—Eh, espere —gritó—. Se olvidó…

Pero era ya demasiado tarde para alcanzarlo. Mientras Pete corría hacia el aparcamiento, el sedán negro de dos puertas de Guiños enfilaba la carretera detrás de la camioneta verde.

Pete regresó andando al restaurante y puso la caja encima de la mesa.

Los Tres Investigadores la contemplaron en silencio.

Jupe se pellizcaba el labio inferior como hacía siempre que pensaba intensamente. Decía que le ayudaba a concentrarse.

Bob habló primero.

—Será mejor que se la entreguemos a la camarera —dijo—. Seguro que Guiños vuelve a buscarla.

Pete estuvo de acuerdo en que era una sugerencia razonable, pero el Primer Investigador seguía pellizcándose el labio. El propio Guiños y su excitación al ver la camioneta verde habían despertado su curiosidad. La mente de Jupe, inquisidora por naturaleza, no podía soportar el dejar cualquier rompecabezas sin resolver. Estaba seguro de que los Tres Investigadores se hallaban ante lo que prometía ser un misterio.

—Yo propongo que nos llevemos la caja al Cuartel General —exclamó—, y que cuidemos de ella hasta que Guiños se ponga en contacto con nosotros. Él tiene nuestra tarjeta y nuestro número de teléfono y…

Pudo adivinar que Pete iba a poner objeciones. El Segundo Investigador no tenía un afán de aventuras tan súperdesarrollado como Jupe.

—Al fin y al cabo —prosiguió Jupe con presteza—, Guiños no le ha dejado la caja a la camarera, sino a nosotros, ¿no? Incluso podríamos decir que nos la ha confiado…

—Y también que tenía tanta prisa que se la olvidó —Intervino Pete. Pero ya sabía que seguirían la sugerencia de Jupe que era el jefe natural de los tres. Por eso era el Primer Investigador.

Media hora más tarde los muchachos estaban de regreso en su Cuartel General en el Patio Salvaje de los Jones.

Su Cuartel General era una caravana de treinta pies que el tío de Jupe, Titus Jones, había comprado tiempo atrás y que nunca fue capaz de vender. Los muchachos habían ido amontonando grandes cantidades de chatarra a su alrededor, hasta que el remolque estuvo completamente oculto y separado del resto del patio. Los muchachos tenían sus caminos secretos para entrar en él.

En su interior había una oficina con un escritorio, un viejo archivador y un teléfono que pagaban con el dinero que ganaban haciendo trabajos para el tío y la tía de Jupe en la chatarrería.

Pete, que había traído la caja en su bicicleta, la puso encima de la mesa.

—Aquí está —dijo—. Una caja misteriosa que no nos pertenece. ¿Qué queréis hacer con ella ahora? ¿Abrirla?

Jupe se sentó en la silla giratoria tras el escritorio y meneó la cabeza con pesar.

—No creo que tengamos derecho a hacer eso —dijo—. Me temo que tendremos que dejarla…

Se interrumpió para inclinarse hacia adelante y apoyar su oreja contra la arpillera que cubría la caja.

Los tres pudieron oírlo ahora. Un arrullo apagado. Había algo vivo que se movía debajo de la tela de saco.

—Bien, ahora no tenemos elección —dijo Pete—. Tendremos que abrirla.

Durante toda su vida Pete Crenshaw había sentido una gran afición por los animales, hasta que al fin su madre se puso seria para terminar con ello. Tenía la costumbre de llevar a su casa perros y gatos extraviados; incluso una vez llevó un caballo que encontró en la carretera. La idea de que en la caja había un animal encerrado le resultaba insoportable.

Se adelantó para quitar la cinta adhesiva de las esquinas de la caja y apartó la arpillera. Debajo apareció una jaula metálica cuadrada y dentro había una paloma.

Era un hermoso pájaro, esbelto y bien plumado con un gran abanico por cola. Su plumaje era gris oscuro y tan brillante que parecía tener un tinte azulado.

Júpiter observó algo más. Le faltaba un dedo en una pata. La paloma tenía tres dedos en la pata derecha y sólo dos en la izquierda.

—No podemos dejarla en una caja tan pequeña —dijo Pete en tono resuelto—. Si vamos a conservarla, y me figuro que es así, tenemos que encontrar otra mayor y más cómoda.

Jupe asintió.

—Doce listones de cinco por cinco —dijo—, un rollo de tela de alambre de gallinero, clavos y un martillo.

A los pocos minutos, los Tres Investigadores habían encontrado lo que necesitaban en la chatarrería. Jupe, que era muy mañoso, se puso a trabajar en su taller al aire libre. Pronto tuvo los listones clavados formando el armazón de una caja. Luego lo recubrió con la tela de alambre de gallinero y construyó una jaula grande, cómoda y segura para la paloma.

Pete sacó al pájaro del Cuartel General, mientras Jupe iba en busca de un saco de maíz que su tía Matilda conservaba para alimentar a los patos del parque de la ciudad. Bob trajo un cacharrito con agua fresca.

—Adentro —dijo Pete pasando la paloma de su jaula a su nueva casa.

El pájaro parecía muy feliz allí. Picoteó el maíz, metió el pico en el agua y, después de unos cuantos arrullos, se acomodó en un rincón y escondió la cabeza bajo el ala. Al parecer quería dar a entender que daba el día por finalizado.

Ya era hora de que los Tres Investigadores lo hicieran también. Dejaron la paloma en el taller, en un rincón resguardado del patio. Bob y Pete regresaron a sus casas en bicicleta, y Jupe atravesó la calle hasta la casita donde vivía con sus tíos, quienes le habían acogido en su casa desde que se quedó huérfano siendo muy pequeño.

* * *

Jupe se levantó temprano a la mañana siguiente y, una vez vestido, fue corriendo a la chatarrería.

La nueva jaula seguía en el taller de Jupe, bajo el resguardo de un techo de lata. Cuando Júpiter se aproximó, pudo ver al esbelto pájaro gris paseando contento de un lado a otro y picoteando el maíz.

Jupe se arrodilló y apoyó su mejilla contra el enrejado de

alambre.

—¿De dónde vienes? —se preguntó en voz alta—. ¿Qué estaba haciendo Guiños contigo en esa jaula? ¿Y por qué estaba tan nervioso? Sin duda había un misterio en torno a la paloma.

Y entonces Júpiter vio que había más misterio en aquella ave de lo que había imaginado.

La paloma que estaba contemplando tenía tres dedos en cada pata.

CAPÍTULO 2
LA CANTANTE AMANTE DE LOS PÁJAROS

—Es una paloma mensajera belga —dijo Bob—. Quiero decir que las dos lo son.

Jupe había telefoneado a los otros dos Investigadores en cuanto descubrió la nueva paloma, pero no fue hasta después de comer cuando los tres muchachos estuvieron libres para reunirse en el Cuartel General.

Bob Andrews, que había pasado la mañana en la biblioteca pública de Rocky Beach donde trabajaba a ratos, encontró un libro ilustrado sobre palomas. Les mostró a Jupe y Pete la fotografía en colores de la paloma mensajera belga del libro.

Jupe la estudió, comparándola con la paloma de tres dedos que ahora estaba sentada delante de él en la jaula pequeña.

—Sí; tienes razón, Bob —replicó—. Los dos pájaros son idénticos, con la sola diferencia de que a la primera le faltaba un dedo. Y ambas son mensajeras.

Devolvió el libro a Bob. Pete metió la punta de su dedo por un agujero de la jaula y acarició las plumas del ala de la paloma. A ella pareció gustarle y miró a Pete con ojos brillantes y despiertos.

—Les ocurre con bastante frecuencia —comentó Pete—. ¿No os habéis fijado nunca? A muchas de las palomas torcaces que hay en las playas de por aquí les faltan dedos.

El Primer Investigador asintió distraído. La verdad es que nunca había prestado mucha atención a las palomas hasta ahora, pero no veía ninguna razón para admitirlo delante de sus amigos.

—Se les enganchan los dedos en las rejas —dijo con fingida

autoridad—. O sufren accidentes con otros obstáculos construidos por la mano del hombre.

Miró a Bob, que estaba absorto en la lectura del libro de las palomas.

—¿Qué dice de las Mensajeros Belgas? —le preguntó.

—Son campeones de velocidad. Están adiestrados para eso. Y las personas que los enseñan y los hacen competir… son como entrenadores de caballos. Son capaces de reconocer una paloma entre un millar.

Continuó leyendo en silencio y luego alzó la cabeza ajustándose los lentes.

—Es increíble —exclamó—. La gente las saca de sus palomares y las transporta en cestas de mimbre o jaulas tapadas, hasta ocho o diez kilómetros de distancia. Luego las sueltan y ellas vuelven volando a sus casas. El promedio de velocidad de las campeonas es de noventa kilómetros por hora. Ninguna se pierde jamás. Todas saben a dónde dirigirse en seguida, por más lejos que las hayan llevado.



—Es el deporte nacional en Bélgica. Una vez metieron a una paloma mensajera en una cesta que depositaron en la oscura bodega de un barco y la llevaron hasta Indochina. Regresó a Bélgica, recorriendo una distancia de más de once mil kilómetros, en veinticuatro días, sobrevolando un territorio completamente desconocido.

—Déjame ver —Pete cogió el libro y lo estuvo leyendo un minuto entero en silencio.

—Eh, esto es increíble. Estas palomas servían de correo en la antigüedad. César utilizaba palomas mensajeras cuando conquistaba las Galias. Y el Ejército de los Estados Unidos las ha estado utilizando durante años. Y tan recientemente como en la Guerra de Corea. Y solía haber un servicio de correo regular entre Los Ángeles y la Isla Catalina. ¿Sabías todo esto, Jupe?

El Primer Investigador no contestó. Seguía ocupado en pellizcarse el labio inferior.

—La pregunta es… ¿cómo es posible? —dijo Júpiter al cabo de unos instantes—. ¿Cómo? Y ¿por qué?

—El libro dice que nadie sabe en realidad cómo las aves son capaces de localizar sus palomares —prosiguió Bob cogiendo el libro de manos de Pete—. Han estado estudiando todo este asunto en la Universidad Cornelí y todo lo que han conseguido adivinar es que tal vez tenga algo que ver con el magnetismo terrestre. Las palomas son sensibles a los campos magnéticos y también a los sonidos. Pero escuchad esto. Lo dice un profesor. «El único medio de poder comprender el instinto que las hace regresar a sus casas, sería siendo palomas, sintiendo como palomas y pensando como palomas».

Contempló el hermoso pájaro de brillante plumaje en su jaula pequeña, como si tratase de comprender lo que sentiría de ser una paloma.

Júpiter meneó la cabeza.

—No me refería a cómo o por qué las palomas encuentran el camino de regreso a sus casas —dijo—. Yo me refería a cómo esta paloma en particular encontró el camino de la jaula que hicimos para el pájaro de Guiños que solo tenía dos dedos. ¿Quién los cambió durante la noche? ¿Cómo supieron dónde estaba la paloma de dos dedos? ¿Y por qué lo hicieron?

—Y yo qué sé. —Pete acariciaba de nuevo a la mensajera belga que le corresponde con su arrullo como un gato ronroneando—. Pongámosle un nombre —sugirió Pete—. Llamémosle *Galia*.

—Posibilidad número uno. —El Primer Investigador pensaba en voz alta como solía hacer cuando algo le intrigaba—. Fue el propio Guiños quien cambió las palomas. Tenía nuestra tarjeta con nuestros nombres… —Jupe no veía la razón para hacerse el modesto— y nosotros somos bien conocidos en Rocky Beach. Solo tenía que preguntar a cualquiera donde vive Júpiter Jones.

—Bueno, casi todo el mundo nos conoce —convino Pete.

—Posibilidad número dos —continuó Jupe—. El hombre de la camioneta verde al que sigue Guiños. Pudo haber parado en algún sitio en la carretera y ver a Pete con la caja en su bicicleta. Podría habernos seguido hasta aquí. Aunque debo admitir que, si lo hizo, no me di cuenta.

Júpiter miró con tristeza a *Galia* como si quisiera culpar al pájaro de su propia falta de observación. Luego se animó.

—Guiños y el hombre de la camioneta verde —dijo—. ¿Qué sabemos de ellos? Ignoramos el apellido de Guiños y su dirección, sólo sabemos que vive en Santa Mónica. Salió tan de prisa del aparcamiento que sólo conseguí ver las iniciales de su matrícula: **MOK**. La camioneta la llevaba tan manchada de barro que no pude leer nada. Parece que hemos llegado a un punto muerto… excepto por una cosa.

—¿Qué? —Pete sabía que, aunque estuviese pensando todo el resto de su vida, no conseguiría entender los razonamientos de Jupe.

—Palomas. No sólo vulgares palomas domésticas, sino aves cuidadosamente adiestradas como mensajeras. Y son como los caballos, como tú dijiste, Bob. La gente que se dedica a ello saben todo los unos de los otros. Debe de haber algún club o asociación donde puedan decirnos quiénes son esas personas…

Comenzó a buscar la sección clasificada por profesiones en la guía telefónica.

—Y si pudiéramos ponernos en contacto con algún adiestrador o criador que fuese capaz de reconocer a esta paloma…

—*Galia* —le interrumpió Pete—. Se llama *Galia*.

—… y nos dijera a quién pertenece.

Jupe iba hojeando rápidamente las páginas amarillas.

—P de paloma —murmuró—. A de asociación. C de club. Um… —guardó silencio mientras sus ojos saltaban de página en página.

—Y… —dijo luego desilusionado— al parecer sólo nos queda la A de tienda de Animales.

—La señorita Melody —sugirió Bob.

—¿Quién es la señorita Melody? —Jupe alzó los ojos de la guía.

—Es una mujer que viene algunas veces a la biblioteca. Siempre se lleva libros sobre pájaros. Hablé con ella una vez y me dijo que era presidenta de una sociedad llamada Nuestros Amigos de Pluma.

Jupe cerró la guía y volvió a guardarla en el archivador.

—Es una posibilidad —dijo—. Si hay expertos en palomas por aquí, es posible que los conozca. ¿Sabes dónde vive?

—No. —Bob se quitó los lentes para limpiarlos—, excepto que debe vivir en Rocky Beach o no sería socia de la biblioteca. Y que su nombre completo es Maureen Melody. Recuerdo su tarjeta de la biblioteca.

Jupe no tardó en encontrar a Maureen Melody en la guía telefónica de Rocky Beach. Vivía en Camino Alto a unos dos kilómetros de distancia.

—Propongo que vayamos allí en bicicleta —dijo Pete—. ¿Pero qué hacemos con *Galia* mientras estamos fuera?

Jupe no veía por qué no podían dejarlo así como estaba, en su jaula y encima de la mesa. Pero Pete insistía en que, si debían dejarla sola, tenían que volverla a colocar en la jaula grande del patio.

Jupe se negó en redondo.

—Allí pueden robarla con suma facilidad —dijo—. Mirad lo que ocurrió anoche.

—Incluso, al volver, podríamos encontrar que la habían cambiado por una paloma de cuatro dedos —agregó Bob.

Al fin, los Tres Investigadores decidieron llevar a *Galia* con ellos. Pete abrió la salida principal del remolque, una trampa en el suelo que daba a un túnel secreto que conducía al taller exterior. Gateó por él sujetando la jaula contra su pecho. Bob le siguió.

Jupe se disponía también a entrar en el túnel, cuando se detuvo con el ceño fruncido. Fue hasta su escritorio y conectó el contestador automático del teléfono. Luego se introdujo por el

agujero y cerró la trampa tras él.

Camino Alto se hallaba en la parte este de Rocky Beach. El lado este era el lado señorial, había dicho una vez tío Titus. Era un barrio de casas grandes y apartadas de la carretera por sus propias zonas de césped, árboles y jardines.

Los Tres Investigadores dejaron sus bicicletas delante de unas grandes verjas de hierro forjado. **NIDO MELODY**, decía un letrero con letras historiadas y muy recargadas.

Había un portero automático instalado en uno de los pilares de piedra. Jupe presionó el botón y apoyó la oreja contra el interfono.

En realidad no esperaba oír nada. Desde que los tres muchachos llegaron a menos de cien metros del Nido Melody, apenas pudieron hablar entre ellos. Ni siquiera gritando.

Jupe pensó que era como estar en una tienda de equipos de alta fidelidad con todas las radios y amplificadores en marcha y a pleno volumen. Excepto que no era música ni voces humanas lo que llenaba el aire, sino la mezcla de silbidos, trinos y graznidos más fantásticas que oyera en su vida.

Jupe volvió a pulsar el botón. No pudo oír el más ligero sonido en el interfono, pero sí un grito burlón que pareció dominarlo todo. Retrocedió mirando los árboles de detrás de las verjas. Una cacatúa roja y amarilla volvió a mofarse de él entre las hojas con su agudo chillido.

—¡Pájaros! —gritó Pete—. Este sitio está lleno de…

Sus últimas palabras fueron ahogadas por un coro de agudos silbidos.

—Pájaros —concluyó Jupe por él. Ahora podía verlos, o por lo menos a algunos. Estorninos, gorriones, canarios, alondras, cornejas, halcones e incluso un águila, saltando, revoloteando y cantando entre los árboles o posados en sus ramas.

Jupe abandonó el interfono. Había observado que, aunque la puerta tenía la aldaba echada, no tenía cerradura. Deslizó la mano entre los barrotes de la reja y levantó la aldaba. Luego hizo pasar su bicicleta a través de la puerta abierta. Pete y Bob le siguieron. Bob se detuvo para volver a echar el aldabón.

—¿Y ahora qué? —gritó Pete inclinándose sobre la oreja de

Jupe.

Jupe le señaló el camino serpenteante entre los árboles. Empujando sus bicicletas y cargados con la jaula de *Galia*, los Tres Investigadores emprendieron la marcha.

El ruido no decreció a medida que avanzaban. Incluso, si fuera posible, parecía ir en aumento. Bob hubiera querido soltar el manillar de su bicicleta para taparse los oídos con las manos.

Jupe, que iba delante, se detuvo en seco. A unos cien metros delante de él, apenas visible entre los árboles y las nubes de pájaros revoloteando, se alzaba una gran casa estilo español. Pero no fue la vista de la casa lo que le había hecho detenerse tan bruscamente.

Por encima de todos los silbidos, trinos y graznidos había oído otro sonido. La voz de una mujer. Una aguda, elevada, agradable y musical voz, de soprano. Estaba cantando.

—Hay tres muchachos en mi avenida y quisiera saber qué desean —cantó.

Bob reconoció la tonada del Himno de Guerra de la República.

—Pueden acercarse más, pero no deben molestar a mis pájaros —continuó la voz al cabo de poco con la misma canción.

Los Tres Investigadores avanzaron.

Ahora Jupe pudo ver a la mujer. Estaba sobre el césped que separaba la casa de los árboles. Era muy alta y el profesor de inglés de Jupe la hubiera calificado de escultural. Llevaba un vestido largo de pleno verano y un sombrero ancho de paja con una cinta atada con un lazo bajo su barbilla redonda.

Tenía una cotorra encima del hombro y un halcón revoloteaba justo encima de su cabeza. Un canario estaba cómodamente instalado en el ala de su sombrero.

—Si queréis decirme qué os trae por aquí tendréis que cantarlo muy fuerte —gorgojeó cuando los Tres Investigadores se detuvieron a pocos metros de ella—, o de otro modo no os oiré.

Júpiter Jones había sido actor de pequeño, aunque no le gustaba que se lo recordasen, puesto que su nombre profesional fue «el bebé Fatty». Pero nunca había actuado en musicales ni nada parecido. Jamás se consideró un cantante. No obstante, supo entender lo que quería decir aquella mujer. Por encima de todos aquellos silbidos, trinos y graznidos de los pájaros lo único audible era una voz cantando una canción.

—Buscamos a la propietaria, la señorita Maureen Melody —cantó.

—Yo soy la que buscáis, Maureen Melody en persona —gorjeó a su vez. Le tocaba otra vez a Jupe. Carraspeó.

—No quisiéramos molestarla, pero nos gustaría hablar con usted. —Era difícil encontrar palabras que encajasen en «El Himno de Guerra de la República», pero hacía lo que podía—. Hemos oído…

Se interrumpió. Era evidente que Maureen Melody ya no le escuchaba. Sonreía, con una sonrisa amplia de contento, mientras avanzaba bailando hacia Pete.

—Gloria, gloria, aleluya. Gloria, gloria, aleluya —cantó. Y cogiendo la jaula de *Galia* del manillar de Pete la abrazó contra su pecho.

—Gloria, gloria, aleluya. ¡Os pagaré la recompensa ahora mismo!

CAPÍTULO 3
LA SEÑORA MELODY RECIBE UNA PERLA

—¿Qué recompensa…? —comenzó a entonar Jupe, pero se detuvo. Maureen Melody había abierto la jaula de *Galia*.

—Por favor —cantó Jupe—. Por favor, no lo haga.

Con toda la suavidad posible le quitó la jaula a la señorita Melody.

—Verá, esta paloma no es nuestra —trinó.

Volvió a detenerse. Tenía mucho que explicar y la idea de tener que hacerlo cantando a voz en grito le resultaba descorazonadora. Era más probable que le condujera a una afección de garganta que a aclarar la situación.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar? —entonó otra melodía. Era más sencillo inventarla que seguir con el «Himno de Guerra de la República»—. Por favor, se lo agradeceríamos mucho.

La señorita Melody jugueteó con las tres hileras de perlas que lucía y miró a los muchachos. Parecía un tanto decepcionada por el modo que Jupe le había quitado a *Galia*.

Al fin asintió y les condujo a la casa. El halcón que revoloteaba sobre su cabeza se refugió entre los árboles. La cotorra permaneció donde estaba, encima de su hombro. Y lo mismo hizo el canario instalado en el ala de su sombrero.

Los Tres Investigadores siguieron a la señorita Melody a través de unos grandes ventanales emplomados hasta una sala de estar muy amplia y clara. Ella cerró las puertas tras ellos.

Al principio los gorjeos, trinos y graznidos del exterior parecían tan ensordecedores como antes, pero luego la señorita Melody

presionó un botón y una gruesa hoja de cristal se deslizó hasta cubrir cada ventana.

Era maravilloso, pensó Pete; igual que sumergirse en el fondo del océano haciendo submarinismo. No se oía más que el silencio.

—¿Y ahora no me dejaréis liberar a ese pobre pájaro? —dijo Maureen Melody con voz normal. Miraba a Jupe con reproche, y sus profundos ojos azules parecían dolidos—. Yo creí que por eso lo trajisteís aquí. Pensé que habíais visto uno de mis anuncios. Como fundadora y presidenta de Nuestros Amigos Plumas, pago veinte dólares a todo el que suelte a un pájaro enjaulado. No puedo soportar verlos encerrados. Es tan cruel.

—Cruel —repitió la cotorra que estaba encima de su hombro—. Cruel.

Cruel.

Por lo menos ya habían aclarado lo que quiso decir al referirse a la recompensa, pensó Jupe. Ahora fue él quien tuvo que explicarse. Comenzó por decir a la señorita Melody que *Galia* no les pertenecía. Que lo había confiado a su cuidado un desconocido y que estaban deseando devolverle la paloma.

Bob observaba a Maureen Melody mientras Júpiter hablaba. A pesar de su estatura era una mujer atractiva. Le recordaba a una antigua estrella de cine aumentada en una pantalla de tres dimensiones.

—Si lográsemos encontrar al dueño de *Galia* —decía Pete—, él devolvería la paloma a su bandada. Y seguro que *Galia* vive en un palomar y no en una jaula.

—Comprendo. —La señorita Melody jugueteaba otra vez con sus perlas. Además de las tres hileras que rodeaban su cuello llevaba también pendientes de perlas.

—Por eso hemos venido a verla —dijo Bob—. Yo sabía que a usted le interesaban mucho los pájaros porque una vez hablamos de eso en la biblioteca. Y pensamos que usted tal vez sabría si por aquí hay alguien que adiestre y entrene palomas mensajeras.

La señorita Melody no contestó. Miraba más allá de la ventana.

—Perdonadme —dijo y volvió a presionar el botón de la pared. El cristal se deslizó y de nuevo la orquesta de trinos llenó la habitación.

La señorita Melody abrió el ventanal. Allí en el camino se había

posado un pájaro. Pete vio que era una urraca.

Maureen Melody se arrodilló para coger algo que sostenía en su pico.

—Qué listo eres, amiguito —cantó con su rica voz de soprano improvisando una tonada—. Yo le llamo Edgar Allan Poe. Sé que el pájaro de Poe era un cuervo, pero también me gusta su poema. Debéis haberlo leído: «Dijo el cuervo: Nunca más».

La urraca volvió al jardín y ella volvió a correr el cristal.

—Se supone que las urracas son ladronas —prosiguió en tono normal—. Pero mis dos urracas predilectas, que son machos, no lo son. Especialmente Edgar Allan Poe. Es maravilloso. Siempre me trae cosas. Cosas preciosas. Mirad.

Y extendió su mano grande, blanca y regordeta, para mostrar a los Tres Investigadores lo que Edgar Allan Poe acababa de traerle. Era una perla enorme y rutilante.

—Es la tercera perla que me trae este mes —explicó—. No tengo ni idea de dónde las encuentra, pero adoro las perlas. Las perlas y los pájaros son mis dos pasiones.

—Volviendo a las palomas mensajeras —le recordó Jupe—. ¿Conoce a alguien por casualidad…?

La señorita Melody meneó la cabeza.

—Me temo que de momento no recuerdo a nadie.

—Bueno, por si se acordara… —Jupe sacó una tarjeta de los Tres Investigadores de su bolsillo y se la entregó—, le agradeceríamos mucho que nos llamase y nos lo dijera.

Maureen Melody tomó la tarjeta, pero antes de que pudiera leerla, la cotorra saltó de su hombro, cogió la tarjeta con el pico y voló hasta su percha.

—Gracias por recibirnos —le dijo Jupe a la señorita Melody. Aunque le agradaba aquella mujer, no creía que pudieran llegar a ninguna parte y comenzaba a sentirse como un pájaro enjaulado en aquella habitación a prueba de ruidos.

Sonriente, la señorita Melody volvió a abrir el panel para que salieran por el ventanal. No les sonreía a ellos, observó Jupe, sino a la perla grande y perfecta que tenía en la mano.

Los Tres Investigadores recorrieron a pie la avenida, empujando sus bicicletas. De nada hubiera servido hablar mientras estuvieran cerca del Nido Melody, pensó Jupe avanzando a través de la barrera

de sonidos de pájaros.



No habían ido muy lejos cuando un repentino grito agudo le detuvo. Al principio pensó que había sido un pájaro, pero, al volverse para mirar hacia la casa, vio a Maureen Melody allí de pie con los brazos en alto.

—Tengo un amigo —cantó—. Se llama Parker Frisbee y vive aquí en la ciudad. Una vez me dijo que tenía palomas mensajeras. Se me había ido de la memoria.

—Parker Frisbee —cantó Jupe a su vez—. ¡Gracias!

CAPÍTULO 4
UN GRITO DE SOCORRO

—Parker Frisbee —repitió Jupe cuando los Investigadores estuvieron en la carretera lejos del ruido—. Es el nombre de la joyería de la Calle Principal.

Llevó la bicicleta hasta la hierba de la cuneta y desmontó. Bob y Pete le imitaron.

—¿Sabéis lo que pienso? —dijo Pete—. Pues que Maureen Melody tiene razón. Deberíamos sacar a *Galia* de su jaula. Dejémosla que regrese volando a su casa y olvidémoslo todo.

Era exactamente lo que Jupe había estado temiendo que Pete dijera. Desde el punto de vista de *Galia* probablemente Pete tenía razón. Si abrían su jaula, *Galia* iría a reunirse con sus compañeros en el palomar donde vivía.

Pero desde el punto de vista del Primer Investigador, soltar a *Galia* era lo peor que podían hacer. Para Jupe, *Galia* era más que una paloma. Era una pista, la única que tenían en aquel intrigante y emocionante misterio. Lo cual para Jupe representaba un caso.

Pensó en el contestador automático del teléfono del Cuartel General. Si fue el hombre de la camioneta verde quien había cambiado las palomas la noche anterior, Guiños llamaría más pronto o más tarde para que le devolvieran su mensajera de dos dedos. Jupe quería estar allí cuando Guiños fuese a buscar su paloma. Deseaba ver el rostro del hombrecillo cuando viera los tres dedos en la pata de la paloma.

Deseaba ver si Guiños reconocía a *Galia*.

—Voto porque vayamos a ver a ese Parker Frisbee —dijo el Primer Investigador—. De todas formas nos viene de paso camino

de casa.

Miró a Bob buscando su apoyo. Bob miró a Pete.

—De acuerdo —se avino Pete de mala gana—. Parker Frisbee, allá vamos.

Frisbee era la mejor joyería, o por lo menos la más cara, de Rocky Beach.

Su escaparate no estaba atiborrado de relojes y anillos de compromiso.

Había tan sólo un collar de perlas sobre terciopelo negro flanqueado por dos broches de brillantes que brillaban a la luz del sol y parecían decir:

«Ya ve usted que tenemos clase. No deje de ver lo que tenemos dentro».

En el interior varias vitrinas discretas exhibían un surtido de joyas todavía más caras.

Un hombre estaba detrás de una de las vitrinas. Era bajito un poco lleno y vestía chaqué negro y pantalón a rayas muy bien planchado. Probablemente llevaría también cuello duro y corbata de seda, pero era imposible saberlo. Lo que llevara alrededor de su cuello quedaba completamente escondido por una gran barba negra. Así como la mayor parte de su rostro. Sólo su nariz y sus ojos se distinguían en el bosque de cabellos que cubría su barbilla, su labio superior y la mayor parte de ambas mejillas.

—¿Sí? —dijo cuando entraron los Tres Investigadores.

—¿El señor Parker Frisbee? —le preguntó Jupe.

—Sí.

Júpiter le explicó que eran amigos de la señorita Maureen Melody. Los ojos del señor Frisbee brillaron al oír su nombre. El Primer Investigador continuó diciendo que la señorita Melody les había dicho que era un experto en palomas mensajeras y que deseaban saber si podría ayudarles a identificar a una mensajera belga que habían encontrado.

—Oh, no es que sea realmente un experto —replicó el señor Frisbee con modestia—. Tuve algunas palomas y solía hacerlas participar en las carreras como mero aficionado. Pero lo dejé hace años.

Miró la jaula que Pete sostenía en la mano.

—¿Es esa paloma de ahí?

—Sí, ésta es. —Pete levantó a *Galia* para que el señor Frisbee pudiera verla con mayor claridad.

El joyero la estuvo examinando en silencio por espacio de un par de minutos.

—¿Dónde la encontrásteis? —preguntó—. ¿Cómo ha venido a parar a vuestras manos?

—Alguien la dejó en nuestro patio —le dijo Jupe decidiendo dejar aparte a Guiños.

—¿Quién?

—No lo sabemos —dijo Pete—. La encontramos allí. Por eso venimos a verle. Pensamos que tal vez conociera…

El señor Frisbee meneó la cabeza y rió entre dientes.

—Esto no es una paloma mensajera belga —dijo—. O mejor dicho, lo es y no lo es. Veréis, es un macho, y los machos no participan en las carreras.

—Oh, pero… —Bob iba a decir algo, pero luego cambió de opinión y cerró la boca.

—¿Y no tiene usted idea de a quién puede pertenecer este o esta paloma? —preguntó Jupe.

—Ni la más remota. —El señor Frisbee se encogió de hombros. A Jupe le pareció que sonreía. Era difícil poderlo asegurar con aquella barba—. Lamento no poder ayudaros, muchachos. Y, por favor, dad mis mejores recuerdos a la señorita Melody.

Jupe dijo que así lo harían y agradeció al señor Frisbee el haberles dedicado su tiempo. Los Tres Investigadores volvieron a la Calle Principal con *Galia*.

Tuvieron que esperar para coger sus bicicletas del paseo mientras un automóvil negro se apartaba de la acera y pasaba delante de ellos.

Jupe y Pete se disponían a montar, cuando Bob les detuvo llevándoles lejos de la vista de la joyería.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Jupe.

—No estoy seguro. —Bob se quitó los lentes para limpiarlos con el entrecejo fruncido—. O bien Parker Frisbee no sabe nada de palomas mensajeras… quiero decir absolutamente nada, o nos ha mentido.

—¿Por qué habría de mentir? —le apremió Pete.

—No lo sé. —Bob volvió a ponerse los lentes—. Pero en ese libro que cogí esta mañana de la biblioteca dice que los machos y hembras sí participan en las carreras. Algunos de los campeones mundiales han sido machos y otros hembras.

Jupe le miró primero a él y luego a su reloj.

—Es casi la hora de cenar —dijo—. Propongo que regresemos a casa y que nos reunamos después de cenar en el Cuartel General para revisar todo el caso.

—De acuerdo —convino Pete—. Pero si piensas conservar a *Galia*, o Galo, si es que realmente es macho, voto porque traslademos la jaula grande al Cuartel General para que tenga un lugar seguro donde vivir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —Jupe asintió montando en su bicicleta.

Fue lo primero que hicieron al reunirse después de la cena. La jaula-gallinero era demasiado grande para pasar por la entrada de la oficina, pero los Tres Investigadores tenían otros medios secretos de entrar en el Cuartel General. Uno de ellos, conocido como Entrada de Emergencia Uno, era bajar por una cuerda hasta el tragaluz del techo del remolque.

Pete bajó el primero después de trepar por encima de la chatarra amontonada alrededor de la caravana. En cuanto hubo descendido por la cuerda, Jupe y Bob bajaron a *Galia* en su jaula pequeña. Luego bajaron la nueva jaula de la paloma también a través del tragaluz. Después bajó Bob.

Jupe fue el último en bajar por la cuerda y cerró el tragaluz tras él. Pete y Bob estaban ya trasladando a *Galia* de la jaula pequeña a la mayor. Jupe apenas les miró. Sus ojos fueron a posarse de inmediato en el contestador automático conectado al teléfono.

Los ojos de Jupe brillaron casi tanto como los del señor Frisbee. La luz estaba encendida. Había un mensaje en la cinta esperándoles. De Guiños, pensó Jupe. Sí, seguro que llamó. De modo que fue el hombre de la camioneta verde… La mente de Jupe volaba mientras se dirigía apresuradamente hacia el contestador automático.

—Escuchad esto —dijo, poniendo en marcha la cinta y el altavoz.

Bob y Pete se detuvieron para escuchar. Jupe se sentó en su silla giratoria para poder dedicar toda su atención al mensaje.

—¡Socorro! —dijo una voz de mujer—. ¡Necesito que me ayudéis! ¡Oh, ayudadme, por favor! —Maureen Melody casi gritaba en su agitación.

—¡Hay un peligroso asesino en mi casa! Acabo de salir y encontré su pobre cuerpecito muerto… —Su voz se apagó y se oyó un sollozo—. Edgar Allan Poe —consiguió decir entre lágrimas—. ¡Le han golpeado hasta matarle! Y después encontré otro cadáver. Uno de mis hermosos halcones. Oh, ayudadme. Por favor, ayudadme. ¡Alguien está asesinando a mis pájaros!

CAPÍTULO 5
PELIGRO EN EL BOSQUE

—Cuando encontré vuestra tarjeta y vi que erais detectives me pareció un mensaje del destino —dijo Maureen Melody.

Los Tres Investigadores habían vuelto a la casa en bicicleta y se hallaban sentados en la habitación a prueba de ruidos.

—Veréis, no quise llamar a la policía —continuó alzando el brazo para acariciar la cotorra que estaba sobre su hombro—. Ya he tenido demasiados problemas con ellos. Siempre vienen a decirme que mis vecinos se quejan de mis queridos pájaros. ¿Cómo es posible que tengan de qué quejarse?

«Tal vez sus vecinos sean unos pobres desgraciados a quienes les gustaría tener un poco de tranquilidad de vez en cuando», pensó Pete, pero nada dijo.

El Primer Investigador estaba muy ocupado examinando los cuerpos de los dos pájaros muertos que se hallaban encima de la mesa sobre un paño blanco. La cabeza de la urraca había sido aplastada como sí la hubieran golpeado con un palo, pero en el halcón no habían señales de violencia. Quizá lo hubieran envenenado, se dijo Jupe.

—¿Qué les da de comer a sus halcones? —preguntó a la señorita Melody.

—Pues carne, naturalmente —respondió—. Ya sabes que los halcones son carnívoros. Y además son unos cazadores muy inteligentes. Ellos mismos se alimentan. Cazan ratas y ratones, conejos y… —Hizo un gesto ambiguo con su rechoncha mano blanca—. Y todo lo que aparece en su camino. Me temo que algunas veces son bastante crueles.

—Cruel —gritó la cotorra en su hombro—. Cruel. Cruel.

Jupe asintió con la cabeza.

—¿Dónde encontró estos pájaros muertos? —preguntó.

—Edgar Allan Poe estaba en el borde del césped. Y cuando lo levanté, pobrecillo, vi…

Sacó un pañuelito de encaje de su bolsillo y lo apretó contra sus labios, demasiado sobrecogida por el recuerdo para poder continuar.

—Mi hermoso halcón estaba en el suelo entre los árboles —consiguió decir al fin—, donde generalmente les dejo la comida. Pero no estaba comiendo, sino tendido allí…

Jupe meneó la cabeza con simpatía.

—¿Podríamos ver el lugar? —sugirió.

—Claro. —Maureen Melody miró hacia los ventanales. Era ya casi de noche—. Iré a buscar una linterna —dijo.

—No se moleste —le respondió Jupe—. Tenemos los faros de nuestras bicicletas. Si usted nos muestra el lugar desde aquí, nosotros iremos a registrarlo a fondo.

Los pájaros ya estaban callados después de la puesta del sol. Mientras los Tres Investigadores seguían a la señorita Melody por el césped con los faros de sus bicicletas, pudieron oír de vez en cuando el canto de una lechuza, y la risa burlona de una cacatúa entre el follaje.

—*Edgar Allan Poe* estaba exactamente ahí —les dijo Mauraen Melody de pronto, deteniéndose para señalar el suelo.

Jupe dirigió el haz de luz al lugar indicado. Se agachó para recoger una pluma manchada de sangre. La señorita Melody se estremeció.

—Y el halcón estaba allí —volvió a señalar—. Y ahora, si no os importa, creo que iré a echarme un rato.

Cruzó los brazos como si quisiera abrazarse a sí misma y corrió hacia la casa.

Jupe no sintió que se marchara. Inspiraba una gran simpatía esa Maureen Melody, pero su charla dolorida le impedía concentrarse en el trabajo que tenía entre manos.

Se acercó al lugar donde fue encontrado el halcón muerto. Allí no había plumas. Ni restos de comida. Si el halcón había sido envenenado, o bien había terminado de comer antes de morir o,

posiblemente, pensó Jupe, quien le envenenara había vuelto para recoger las sobras.

Con cuidado, Júpiter fue iluminando un gran círculo en el suelo.

—Malo —dijo pensativo.

—¿Qué es lo malo? —Bob trataba de averiguar qué estaría pensando el Primer Investigador.

—Que el suelo es de piedra.

Jupe no se sintió con ánimos de dar más explicaciones. Tenía trabajo que hacer.

—Bien —dijo—. Separémonos. Bob, tú ve por esa parte del bosque. Y tú, Pete, por esta otra. Yo iré por el medio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —convino Pete—. Pero antes dime una cosa, ¿quieres, Jupe?

—¿Qué?

—¿Qué es lo que estamos buscando?

—Huellas. —Jupe volvió a iluminar el suelo con su faro—. Aquí no las hay porque es demasiado rocoso. Pero llovió hace un par de días y la tierra bajo los árboles estará blanda. Por lo que la señorita Melody dijo de sus vecinos, no creo que reciba muchas visitas, de manera que, si encontramos las huellas de un hombre, es muy probable que sean las del asesino.

—Magnífico —dijo Pete—. Supongamos que hemos encontrado las huellas del asesino. ¿Qué hacemos entonces? ¿Sacar un molde en yeso y tratar de averiguar dónde compró sus zapatos?

Jupe suspiró.

—Si encontrásemos huellas puntiagudas probablemente serían de Guiños. Y si no lo fueran, bueno, también significarían algo.

—Que no eran de Guiños —replicó Pete, asintiendo—. ¿Y qué hacemos si descubrimos algo?

—Señales con el faro de vuestra bici —le dijo Jupe—. Tres largas y tres cortas, hasta que recibas contestación: una señal.

Los Investigadores se separaron adentrándose en el bosque. Júpiter avanzaba paso a paso ligeramente encorvado iluminando con su faro un amplio arco de terreno ante sus pies. Por desgracia, al escoger la parte central del bosque, parecía haber elegido la menos prometedora. Se hallaba en una zona de espesos arbustos y estrechos senderos cubiertos de grava. Había muy poco suelo blando y ni rastro de pisadas.

Se preguntaba si los otros tendrían mejor suerte que él, cuando de repente se quedó inmóvil. Su haz de luz había descubierto algo oscuro entre los arbustos a su derecha.

Lo miró unos instantes, y luego agachándose cuanto pudo se dirigió hacia allí con ansiedad. Se arrodilló acercando más la luz.

De pronto, en algún lugar de entre la oscuridad se oyó el ulular de un búho. No es que el grito del pájaro distrajera su atención, pero le impidió oír un ruido furtivo a sus espaldas.

Lo primero que oyó fue un silbido sordo. Instintivamente, se apartó de él mientras un pesado bastón pasaba silbando junto a su oreja, sin darle en la cabeza, pero golpeando con fuerza su hombro.

Por un instante, el brazo derecho se le quedó paralizado por el dolor. Sólo le quedó la fuerza suficiente para no dejar caer el faro de su bicicleta. Rodó sobre su espalda abrazando la luz contra su pecho.

Al moverse el haz de luz iluminó hacia arriba, primero un impermeable negro y se detuvo en el rostro de un hombre.

O lo que podía verse del rostro de un hombre. Y era bien poco. Sólo la nariz y las gafas oscuras que llevaba aparecieron como claros en el espeso bosque de cabellos oscuros que cubrían su barbilla, su labio superior y la mayor parte de ambas mejillas.

Por espacio de un segundo el hombre pareció quedar paralizado por la luz. Luego, dio media vuelta y huyó por el bosque.

Jupe no trató de seguirle. Se puso en pie tambaleándose y frotándose el hombro hasta que hubo remitido el dolor de su brazo. Cuando fue capaz de moverlo un poco, dirigió la luz del faro hacia un lado tapando y destapándola con una mano para lanzar la señal convenida. Tres largas y tres cortas. Continuó hasta ver la luz de Pete entre los árboles.

—¿Jupe?

—Aquí —gritó.

Pete se abrió camino entre los arbustos. Momentos después, Bob se reunía con ellos desde su zona del bosque. Jupe volvió a frotarse el hombro. Seguía doliéndole y no podía ocultárselo a sus amigos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Bob con ansiedad.

—Parker Frisbee —le contestó Jupe—. Me ha atacado con un palo. Por suerte conseguí iluminar su rostro y eso le asustó. Se fue corriendo en esa dirección. —Jupe señaló con su brazo dolorido.

—¿No le viste ni oíste, Bob?

Bob meneó la cabeza.

—Hay tanta maleza —explicó— que no había llegado muy lejos. Si se dirigía a la verja no debió pasar cerca de mí.

—¿Tú crees que debemos ir tras él? —preguntó Pete con prudencia. La idea de perseguir a un hombre armado con un palo por entre los árboles y a oscuras no le seducía en absoluto.

—No. —La idea tampoco le atraía a Jupe. Además, era preciso terminar el asunto donde estaba—. He encontrado algo —dijo.



Cielo santo —exclamó Pete con voz queda—. Parece una…

—Sí —convino Jupe—. Eso es exactamente lo que es. Una paloma muerta.

Y bien muerta. La mayor parte del cuerpo y la cabeza habían sido arrancados salvajemente. Quedaba muy poca cosa de ella, sólo las plumas de la cola ensangrentadas, parte de un ala y las patas.

Jupe se inclinó hacia adelante y alzó una de sus patas. En ella llevaba una estrecha argolla de aluminio. Jupe se la quitó acercándola a la luz de Bob. La tira de aluminio había sido doblada hacia adentro como para esconder algo en su interior. Jupe desdobló cuidadosamente el metal y sacó un pedazo de papel doblado.

Era una estrecha tira blanca del tamaño de los cromos que vienen en los caramelos. Y también llevaba algo escrito.

Los Tres Investigadores se acercaron más para tratar de leer lo que decía.

—No entiendo nada —dijo Pete.

Jupe tuvo que admitir que para él también era un jeroglífico. Ni siquiera lograba entender las letras. No eran letras del alfabeto inglés. Ni tampoco creía que perteneciese al griego. Más bien parecían…

—Chinas —sugirió Bob—. O japonesas tal vez. Me recuerdan los signos de los libros y periódicos japoneses de la biblioteca. Hay muchos lectores japoneses en la ciudad y siempre estoy guardando libros japoneses en las estanterías.

Jupe asintió pensativo y guardó el papel en el bolsillo de su camisa. Se inclinó de nuevo para volver a examinar la paloma.

—Mirad —dijo excitado—. Mirad su pata izquierda.

Bob y Pete obedecieron.

A pesar de que las extremidades inferiores de la paloma no habían sido dañadas por su asesino, sólo tenía dos dedos en la pata izquierda.

CAPÍTULO 6
UN FESTÍN A ESCONDIDAS

—No sabéis cómo os lo agradezco —decía Héctor Sebastián—. No suelo tener a menudo la oportunidad de escoger mi propia comida.

Era por la mañana del día siguiente del descubrimiento de la paloma muerta. Héctor Sebastián y los Tres Investigadores se hallaban reunidos en la cocina de su casa en las colinas cerca de Malibú.

La casa fue en otro tiempo un restaurante llamado Casa Charlie. Sebastián la había comprado después de que su novela de misterio, *Legado negro,* fuese vendida al cine, y la estaba convirtiendo poco a poco en lo que él llamaba una casa respetable.

No hubo necesidad de reformar la cocina, que era una estancia amplia y clara, magníficamente equipada con hornos, planchas, congeladores, frigoríficos, parrillas, y todo lo necesario para preparar comidas para cincuenta o sesenta personas.

Era la clase de cocina donde cualquier chef ordinario se hubiera arremangado para preparar deliciosos platos para cincuenta o sesenta personas.

Por desgracia, Hoang Van Don, el criado vietnamita de Héctor Sebastián, no era un cocinero corriente. Hubo un tiempo en que Don preparaba sus menús siguiendo las recomendaciones de los anuncios nocturnos de la TV.: *pizzas* congeladas, pescado rebozado y latas de espaguetis aparecían con monótona frecuencia en la mesa de Sebastián.

Ahora el escritor de novelas de misterio recordaba con sorprendente nostalgia aquellos días. Más recientemente Don había descubierto los programas diurnos de TV. y se hizo devoto de una

serie de expertos en alimentos naturales, quienes recomendaban tales exquisiteces como tulipanes picados o pescado crudo.

En aquellos momentos Don se hallaba ausente, para fortuna de los Tres Investigadores.

—¿Qué os parecen bacón, huevos, salchichas, jamón y, ya que estamos, patatas fritas? —sugirió Héctor a sus tres jóvenes amigos sacando las cosas de la bolsa de comestibles que le habían enviado del supermercado.

A Pete le pareció bien. Recordaba una comida en casa del escritor que consistió únicamente en arroz integral hervido.

—¿Qué prepara Don ahora? —preguntó Pete—. ¿Todavía le da pescado crudo, señor Sebastián?

—Ojalá. —Héctor Sebastián estaba ocupado cortando las patatas para freírlas—. Anoche, para cenar, me dio algas.

Pete puso las patatas en la cestilla de alambre que sumergió en el aceite ya caliente. Bob extendió el jamón y las salchichas sobre la plancha y Sebastián fue cojeando hasta un aparador para coger los huevos.

Sebastián había sido detective privado en Nueva York. Comenzó a escribir novelas de misterio mientras se recobraba de una seria lesión en la pierna y todavía necesitaba la ayuda de un bastón para caminar.

—Gracias a Dios que los amigos de Don viven lejos —dijo Sebastián cuando él y los tres muchachos se sentaron para disfrutar de la comida alrededor de la mesa de la cocina.

Don había ido a ver a un amigo japonés de su clase de karate a un club de Malibú, para que le tradujese el mensaje que los muchachos encontraron la noche anterior.

—Don no volverá hasta dentro de media hora por lo menos —continuó Sebastián—. Tendremos tiempo de recogerlo todo antes de que regrese —sonrió al Primer Investigador sentado al otro lado de la mesa—. ¿No quieres patatas fritas, Jupe?

Júpiter meneó la cabeza cortésmente. Sentíase muy virtuoso al no servirse patatas y disfrutando del resto de su comida. Después de todo, huevos, jamón, e incluso las salchichas, no engordaban demasiado.

—Y ahora háblame de ese mensaje secreto en japonés… —le dijo Héctor Sebastián—. O tal vez consideras que es demasiado

pronto para contarme este último caso vuestro.

El Primer Investigador vacilaba. Sabía el vivo interés que todos sus casos despertaban en el escritor, y le estaba más que agradecido por la ayuda amistosa que Héctor Sebastián les había prodigado en el pasado. Lo malo era que aún estaba muy lejos de saber en qué consistía el misterio de los pájaros asesinados.

Explicó cómo encontraron el mensaje en la pata de la paloma muerta, y que Bob había supuesto, y luego confirmado en la biblioteca, que el mensaje estaba escrito en japonés.

—Bien, celebro que se os ocurriera acudir a mí —respondió Sebastián—. O mejor dicho a Don. No había comido tan bien desde hace meses.

Cogió el bastón que colgaba del respaldo de su silla y se levantó.

—Y ahora creo que lo mejor será destruir las pruebas de nuestro festín antes de que vuelva —dijo—. Si Don descubre que he estado comiendo comida de verdad, no cesará de reprochármelo.

Los tres muchachos habían limpiado la planta y guardaban los últimos platos limpios en los estantes cuando oyeron que el automóvil del criado vietnamita entraba en la avenida.

—De prisa. A la otra habitación —les apremió Héctor Sebastián cojeando delante de ellos hasta la enorme sala de estar con su hilera de ventanas que daban al mar. Los Tres Investigadores se reunieron allí con él.

Jupe oyó abrir la puerta de la cocina, cuando Don entró en la casa, y se puso tenso. Dentro de unos segundos sabría el significado del mensaje que llevaba en la pata la paloma muerta. Habría dado un paso más para llegar a entender, o tal vez resolver, el misterio de los pájaros asesinados.

Esperó, temblando de excitación.

Oía los pasos del criado vietnamita cruzando la cocina. Se detuvieron. Le pareció que Don olfateaba el aire.

Pasó casi un minuto antes de que Hoang Van Don apareciese por fin detrás de la librería que separaba el despacho de Sebastián de la sala de estar.

—¿Y bien? —Jupe se había puesto en pie—. ¿Qué dice ese mensaje?

El vietnamita se detuvo a pocos pasos de la mesa, y quedó allí con las manos en las caderas.

—Primero he de hacer una pregunta —dijo—. Una pregunta acerca de…

—Por favor —le suplicó Jupe—. Por favor. El mensaje, ¿qué dice?

Don vacilaba con el ceño fruncido antes de tomar una decisión.

—Está bien —dijo al fin—. Primero contestaré a su pregunta. Luego responderá a la mía.

Sacó un pedazo de papel de su bolsillo y lo consultó.

—El mensaje dice: «Hoy no hay perlas».

—«Hoy no hay perlas» —repitió Jupe pensativo. Su mente volaba. Perlas. Palomas. Halcones muertos. Urracas. Parker Frisbee.

—Y ahora respondan a mi pregunta —dijo el vietnamita en tono severo— ¿A qué se debe ese olor horrible que hay en la cocina?

CAPÍTULO 7
EL ENFRENTAMIENTO

Cuando abandonaron la casa de Héctor Sebastián, los Tres Investigadores se dirigieron al Cuartel General.

Había tantas preguntas sin respuesta que intrigaban a Júpiter que no podía esperar a verse sentado en su silla giratoria detrás de su escritorio y comentarlas en voz alta con Bob y Pete. Lo que aquel caso necesitaba era una auténtica sesión de meditación.

Los tres muchachos aparcaron sus bicicletas en el patio y se dirigieron al remolque.

—De manera que ya estáis aquí. —La tía de Júpiter, Matilda, salió de la oficina y se encaró con ellos.

Era una mujer amable que se alegró de tener en casa a Jupe cuando murieron sus padres. Pero tía Matilda tenía una pequeña debilidad. Le encantaba ver trabajar a los muchachos.

Y ahora tenía un trabajo para ellos. Un cargamento de hierro angulado que tío Titus había comprado y que había que ordenar y colocar en cajas de madera.

Jupe suspiró al ver la gran pila de metal. No había escapatoria cuando tía Matilda tomaba una decisión. El trabajo les llevaría por lo menos dos horas, pensó.

Y les llevó un poco más, porque, cuando creían haber terminado, tía Matilda insistió en inspeccionar todas las cajas de hierros angulados antes de dejarles marchar.

—Muy bien —dijo al fin—. Habéis echo un buen trabajo. Ahora podéis volver a vuestros rompecabezas.

Júpiter nunca había explicado a su tía que Bob, Pete y él eran investigadores de verdad. Y tía Matilda pensaba que eran socios de

un club en el que se reunían para resolver charadas que encontraban en las revistas y periódicos.

Aguardó a que hubiera vuelto a entrar en la oficina. Luego se dirigió a su taller exterior y allí apartó una verja de hierro que al parecer se apoyaba contra una vieja máquina de imprimir.

Detrás se hallaba la entrada del túnel secreto del Cuartel General… un gran tubo acanalado conocido como Túnel Dos. Los tres muchachos se arrastraron por el túnel, Pete iba el último y puso la reja de nuevo en su sitio a su espalda.

Cuando llegó al final del túnel, Jupe empujó la puerta de la trampa encima de su cabeza y entró en el Cuartel General.

En seguida miró hacia el contestador automático del teléfono. Luz apagada. No había mensajes. Se sentó detrás de su escritorio. Pete se dejó caer en una vieja mecedora y puso los pies encima de un cajón del archivador. Bob ocupó un taburete apoyando la espalda contra la pared y sacó su libreta de notas.

Como de costumbre fue Jupe quien abrió la sesión.

—Perlas —dijo—. No cesan de aparecer en este caso.

—Lo mismo que las palomas —indicó Pete mirando a *Galia* que saltaba en su jaula-gallinero—. Palomas con dos dedos en la pata. Con tres. Palomas vivas. Palomas muertas.

—Perlas —repitió Jupe con energía—. Ese mensaje decía: «Hoy no hay perlas». Maureen Melody tiene pasión por las perlas. Tenía una urraca que solía traerle perlas.

—*Edgar Allan Poe* —asintió Bob alzando los ojos de su block de notas—. Entró en la habitación con una perla en el pico cuando nosotros estábamos allí y la señorita Melody dijo: «Esta es la tercera perla que me trae este mes».

—Luego alguien mató a Edgar Allan Poe —continuó Jupe pensativo—. Probablemente Parker Frisbee. Y Frisbee es un joyero que compra y vende perlas. De manera que las perlas son el problema básico en este misterio… —Algunas veces Jupe empleaba un lenguaje bastante complicado cuando pensaba en voz alta—. Si las perlas son el motivo principal, la pregunta es, ¿cuándo intervienen las palomas? ¿Cuál es la relación?

Se interrumpió. Estaba sonando el teléfono. Jupe conectó el altavoz para que los otros dos Investigadores pudieran oír lo que decía la persona que llamaba.

Luego cogió el aparato.

—Diga. Aquí los Tres Investigadores —dijo.

—Oiga. ¿Júpiter Jones? —Había una nota familiar en la voz angustiada de aquel hombre—. Necesito hablar con Júpiter Jones.

—Júpiter Jones al aparato —le respondió Jupe.

—Oh. —Una pausa—. Espero que me recuerdes. Nos conocimos en el restaurante *Caballito de Mar* hace un par de días. Me olvidé un paquete. Quiero decir que me lo dejé allí. Y cuando volví a buscarlo la camarera me dijo que le parecía que vosotros lo habíais recogido.

Jupe cubrió el auricular con su mano.

—Es Guiños —susurró excitado a los otros dos.

—¿Oiga? —El hombre parecía todavía más nervioso—. ¿Oiga? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí —le dijo Jupe—. Y desde luego lo recuerdo muy bien.

Hubo otra larga pausa.

—¿Lo tenéis? —preguntó el hombre al fin—. ¿Recogísteis mi paquete?

—Sí, lo tenemos —replicó Jupe—. Una caja grande y cuadrada cubierta de tela de arpillera. Está a salvo. Nosotros la guardamos con la esperanza de que usted llamara.

—Oh. —El hombre pareció aliviado—. Habéis sido muy amables. Quiero decir que creo que os merecéis una recompensa. Si me devolvéis la caja os pagaré veinte dólares por la molestia.

—Gracias —exclamó Jupe—. ¿Dónde quiere que se la llevemos?

—Bien, yo sé dónde vives..., quiero decir, que sé que vives en Rocky Beach; de manera que, ¿por qué no nos encontramos por aquí cerca? ¿Qué te parece en la zona de aparcamiento del Banco de Crédito?

—Me parece muy bien —convino Jupe—. ¿A qué hora?

—¿Esta noche a las nueve?

Jupe se avino también a esto.

—A las nueve —repitió el hombre nervioso.

—¡Uau! —exclamó Pete cuando Jupe colgó el teléfono—. Veinte dólares.

El Primer Investigador parecía no oírle. Se pellizcaba el labio inferior sumido en sus pensamientos.

—Conservo la arpillera. —Bob abrió el armario archivador—.

¿Quieres que meta a *Galia* en la jaula pequeña y ponga el saco tal como estaba?

Jupe no respondió por espacio de un minuto, y luego sacudió la cabeza.

—Primero examinemos lo que ha dicho Guiños. —Júpiter volvía a pensar en voz alta—. Ha dicho «Sé dónde vives». Luego se ha corregido y ha dicho: «Quiero decir que sé que vives en Rocky Beach». Y puede saberlo por el número de teléfono de nuestra tarjeta. Pero yo creo que la primera vez decía la verdad. Él sabe exactamente donde vivo.

—De manera que fue Guiños quien cambió las paloma la primera noche —intervino Bob.

—Exactamente —dijo Jupe—. Por lo menos esa es mi corazonada. De manera que Guiños sabía que yo estaba mintiendo cuando traté de hacerle creer que no había abierto el paquete tal como estaba. Él dirá: muchísimas gracias…

—Y nos dará veinte dólares —le recordó Pete.

—Y se marchará con *Galia* fingiendo creer que lo que lleva debajo de la tela de arpillera es su paloma con sólo dos dedos en la pata. Y entonces no volveremos a saber de ella. Y así perdemos nuestra mejor pista en este caso.

—Así pues: ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Bob.

—Llevar a cabo un enfrentamiento —le dijo Jupe—. Enfrentarle a *Galia* en su jaula descubierta. Luego tal vez logremos que Guiños conteste algunas preguntas. ¿Qué opinas tú, Pete?

Pete se rascó la cabeza.

—De acuerdo —accedió con cautela—. Lamentaría perder esos veinte pavos, pero me figuro que tienes razón. Si hemos de resolver este caso, necesitamos algunas respuestas de Guiños.

Bob y Pete tuvieron que volver a sus respectivas casas para cenar. Antes de marcharse, los Tres Investigadores quedaron en encontrarse en el aparcamiento del Banco de Crédito aquella noche a las nueve.

A las ocho y media Jupe ató la jaula pequeña de *Galia* al portapaquetes de su bicicleta y pedaleó hacia la ciudad.

El banco estaba en la Calle Mayor no lejos de la joyería de Frisbee. Jupe dirigió su bicicleta hasta el aparcamiento situado detrás del gran edificio blanco. Pocos automóviles lo utilizaban

después de cerrar el banco, y el amplio espacio, rodeado por tres lados por edificios de oficinas cerradas, se hallaba sumido en la penumbra.

Jupe apoyó su bicicleta contra la pared del banco, apagó la luz y desató la jaula.

Miró a su alrededor. Había sólo media docena de coches esparcidos por el aparcamiento a oscuras y en ninguno había señales de vida.

Jupe consultó su reloj. Las nueve menos cuarto. Faltaban quince minutos para su cita con Guiños y cinco para que llegaran Bob y Pete. Jupe decidió esperar a sus amigos a la entrada del aparcamiento, donde había más luz gracias a las farolas de la calle. Echó a andar hacia allí.

—Quédate quieto donde estás, muchacho. La voz sonó entre las sombras a su espalda.

Jupe hizo lo que le decía. Se detuvo donde estaba, apretando la jaula contra su pecho.



—Ahora vuélvete despacio.

Jupe se volvió todo lo despacio que le fue posible.

La figura de un hombre avanzó hacia él en la oscuridad con la mano derecha extendida en la que sostenía algo. Algo que brillaba ligeramente, incluso en aquella semipenumbra.

Para Jupe aquel objeto reluciente se parecía demasiado al cañón cromado de una pistola. No podía apartar los ojos de él.

—Ahora deja la jaula en el suelo delante de ti.

Jupe se inclinó hacia adelante y obedeció. El hombre acercóse un poco más. Sin dejar de apuntar con la pistola, se agachó para poder ver mejor la jaula y asegurarse, pensó Jupe, de que la paloma estaba dentro.

—Bien.

El hombre se enderezó y por un momento Jupe pudo verle con toda claridad y distinguir el impermeable negro brillante que llevaba, y la espesa barba negra que cubría la mayor parte de su rostro.

¡Parker Frisbee!

—¡Ahora da media vuelta y túmbate en el suelo! Por primera vez Jupe reparó en que la voz de aquel hombre era de un curioso tono grave y muy controlada. Daba la impresión de hablar con gran esfuerzo. «Está casi tan asustado como yo y trata de disimularlo», fue lo que pasó como un relámpago por la mente de Jupe.

El hombre alzó ligeramente la pistola con aire amenazador. Jupe dio media vuelta y se tendió en el suelo.

—Pon las manos en la espalda.

Mientras Jupe obedecía oyó un ruido como si alguien rasgara un pedazo de ropa, o… una tira de esparadrapo, pensó más acertadamente momentos más tarde cuando sus muñecas quedaron firmemente sujetas a su espalda.

No intentó liberarse. El recuerdo del reluciente cañón de la pistola era demasiado vivo. Permaneció inmóvil mientras le ataba también los tobillos.

Tampoco se movió, mientras oía alejarse los pasos del hombre. Se encendieron las luces de un automóvil detrás de él. Atado de manos y pies no podía levantar mucho la cabeza, pero consiguió volverse ligeramente y con sumas precauciones y miró hacia la luz.

El automóvil ya estaba en marcha. La creciente oscuridad le hizo

imposible identificar el coche que pasó a unos veinte metros de donde él yacía, giró hacia la salida del aparcamiento y desapareció en la calle.

Jupe permanecía allí tendido recriminándose. Debiera haber tenido el sentido común de esperar a Pete y Bob, pensaba. No debió adentrarse a ciegas en la oscuridad del aparcamiento. Si hubiera dejado su bicicleta…

Oyó pasos que se acercaban desde la entrada del aparcamiento, y la luz de una bicicleta.

—Pete —gritó—. Bob.

Un instante después sus dos amigos inclinados sobre él, le quitaban con cuidado las tiras de esparadrapo de sus muñecas y tobillos. Jupe rodó hasta poder incorporarse. La piel de sus muñecas le dolía tras arrancarle el esparadrapo. Se las frotó mientras explicaba a los otros dos Investigadores lo que había ocurrido.

Pete silbó suavemente.

—¿Llevaba pistola?

—Todos mis conocimientos me llevan a la conclusión que eso es precisamente lo que llevaba —Jupe se puso en pie—. Claro que no le pedí que la disparara, por eso no puedo tener la seguridad de que estuviera cargada. —Se sacudió las rodilleras de sus pantalones—. ¿Visteis algo? —preguntó.

—Un coche —asintió Bob—. Un coche negro. —Frunció el entrecejo y se quitó los lentes para limpiarlos con su manga.

—Igual que el automóvil negro en el que Guiños se marchó del restaurante el Caballito de Mar —concluyó Jupe por él—. E igual…

No terminó la frase porque no estaba completamente seguro. Pero recordaba el automóvil negro que pasó junto a ellos cuando salían de la joyería de Parker Frisbee. Sólo lo vio un instante y no tuvo tiempo de leer las tres letras de la matrícula, pero estaba seguro de que la primera era una M.

—¿Así que qué hacemos ahora? —preguntó Pete—. Frisbee tiene a *Galia* y…

—Y cuando Guiños aparezca, ¿qué vamos a decirle? —preguntó Bob.

Jupe miró su reloj. Eran las nueve menos dos minutos. Todavía estaba un poco aturdido por el recuerdo de aquella pistola.

—No vamos a decirle nada —decidió apresuradamente—,

porque no vamos a esperarle. Porque pondremos pies en polvorosa y nos largaremos. Mañana por la mañana nos reuniremos en el Cuartel General.

Así que los tres montaron en sus bicicletas y se fueron a sus casas.

Jupe durmió mal aquella noche. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Como bien dijo Pete, habían perdido a *Galia*.

Y no hubo enfrentamiento con Guiños. Tampoco tenían ninguna información que darle a Maureen Melody. No podían presentarse ante ella y decirle que pensaban que su amigo Parker Frisbee estaba matando sus pájaros. Tampoco podían probarlo. Y peor que eso, Jupe no era capaz de encontrar ninguna explicación razonable de que por qué Frisbee había asesinado a *Edgar Allan Poe*. Es decir, si es que lo hizo.

El caso iba mal para los Tres Investigadores. La única esperanza que les quedaba era que Guiños llamara otra vez preguntando por qué no habían acudido a su cita.

Por lo menos eso les daría una oportunidad de hablar con Guiños. Cuando Guiños supiera que *Galia* había sido secuestrada, tal vez les dijese algo que les diera otra pista.

Ojalá le hubiera esperado en el aparcamiento a pesar de todo, fue el último pensamiento recriminatorio de Jupe antes de quedarse dormido.

* * *

Desde el comienzo de las vacaciones de verano, Jupe había hecho unos desayunos muy ligeros: tostadas y leche descremada. Su tía Matilda estaba preocupada por su reciente y desacostumbrada falta de apetito. Cuando a la mañana siguiente le apremió para que comiera huevos con jamón y «algunos chicharrones», el Primer Investigador estaba demasiado deprimido para negarse, y comió todo lo que le puso delante antes de ir al patio a esperar a sus amigos.

Estaba llegando al taller y a la entrada del Túnel Dos del Cuartel General cuando la vio. Ella también le vio y avanzó ansiosa a su encuentro.

Jupe se inclinó y la paloma dejó que la cogiera con sus manos.

La miró, examinando cada una de las plumas de sus alas y cola. Ella le miraba con sus ojos grises, redondos y despiertos.

No cabía la menor duda. Hubiera reconocido aquella paloma en cualquier parte. No podía equivocarse.

Era *Galia*.

CAPÍTULO 8
VISITANTES DE ORIENTE

—Es *Galia*, desde luego —dijo Pete—. Puedo jurarlo. Esas marcas en las plumas de su cola. Además es evidente que nos reconoce. ¿Verdad, *Galia*?

Los Tres Investigadores se hallaban reunidos en la oficina del Cuartel General. *Galia*, de nuevo en la jaula grande, iba de un lado a otro picoteando su maíz.

—Parker Frisbee me la roba a punta de pistola. —El Primer Investigador tiraba de su labio inferior con tal fuerza que le llegaba hasta la barbilla— Y luego, pocas horas después la trae y la suelta en nuestro patio. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —A Jupe le daba la impresión de que en aquel caso habían más «por qué» que en ninguno de los que había intervenido.

—Puede que no la trajese él. —Los lentes de Bob resbalaron por su nariz y se los ajustó.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Pete—. *Galia* está aquí, ¿no?

—Es por lo que leí en ese libro sobre palomas —explicó Bob—. Durante la Segunda Guerra Mundial utilizaban palomas mensajeras para llevar mensajes. Si el ejército avanzaba iban cambiando los palomares. Y descubrieron que una mensajera bien adiestrada se acostumbraba a la nueva base en dos o tres días…

—De modo que volvía a su nueva casa en vez de a la antigua —asintió Jupe—. Creo que tienes razón, Bob. Tal vez *Galia* no pertenezca a Parker Frisbee y desease regresar con su verdadero dueño. —Frunció el ceño—. No me preguntes por qué. Pero si eso es lo que intenta hacer, lo más sencillo sería soltarla y dejar que

regrese a su casa.

—Esta es ahora tu casa, ¿verdad, *Galia*? —Pete introdujo su dedo a través de los alambres y acarició la suave cabecita de la paloma—. Por eso volviste aquí, cosa que celebro…

Se interrumpió al oír una voz por el altavoz.

—Jupe, Jupe.

Era tía Matilda. Jupe había puesto un micrófono en el patio para poder oír a su tía si le llamaba y él estaba en el Cuartel General.

—Jupe. Bob. Pete. ¿Dónde estáis?

Júpiter suspiró. Las llamadas de tía Matilda por lo general significaban una sola cosa… trabajo. Que tenía un trabajo para ellos. Esperaba que no se tratase de otro cargamento de hierro. Tal vez sólo necesitaba su ayuda para atender a los numerosos clientes de los sábados.

Los Tres Investigadores salieron cautelosamente de su bien escondido Cuartel General por la salida conocida como Puerta Cuatro, que daba a la parte de atrás del patio. Rodeando un montón de desperdicios se acercaron a tía Matilda.

Ella pegó un respingo cuando Júpiter la tocó en el hombro.

—De manera que estáis aquí —les dijo—. Nunca sé dónde os escondéis.

Jupe hizo lo posible por mostrarse servicial.

—¿De qué trabajo se trata? —preguntó.

Pero por una vez, tía Matilda no les había llamado para hacerles trabajar. Les dijo que dos hombres preguntaban por ellos, y que aguardaban junto a la verja.

Los dos hombres se hallaban de pie al lado de una camioneta verde aparcada en la carretera. Ambos tendrían unos treinta años, eran de corta estatura y delgados, y ambos vestían camiseta y tejanos azules descoloridos. Los dos eran japoneses.

—¿Vosotros sois Jupe, Pete y Bob? —preguntó uno de ellos dando un paso al frente.

Jupe le dijo que sí.

—¿Conocéis a Hoang Van Don?

—Sí, le conocemos —le dijo Jupe.

El hombre se volvió hacia su compañero para decirle algo en un lenguaje que Jupe supuso sería japonés. El otro asintió con la cabeza y le contestó en la misma lengua.

—Mi amigo aquí presente se llama Kyoto y le gustaría mucho haceros algunas preguntas —explicó el primer hombre—. Sólo que por desgracia Kyoto no habla inglés, de modo que yo haré de intérprete. ¿De acuerdo?

Jupe dijo que no había inconveniente.

—Primera pregunta. Vosotros entregásteis a Hoang Van Don un mensaje escrito en japonés y le pedísteis que se lo llevara a un amigo suyo japonés para que lo tradujera. El amigo de Don se lo dijo a Kyoto porque reconoció su letra.

Aquello a Jupe no le pareció una pregunta y aguardó.

—¿Dónde encontrásteis ese mensaje?

Jupe reflexionó unos segundos. No hubiera querido contestar, pero se imaginó que si lo hacía tal vez Kyoto se mostrase dispuesto a su vez a responder algunas preguntas.

—En una paloma muerta —respondió Jupe—. Llevaba el mensaje atado a una pata.

El intérprete sonrió cortésmente y acercándose a Kyoto le cogió de un brazo para alejarle de la camioneta.

Bob observó cómo los dos japoneses hablaban en su propia lengua y le sorprendió su extraordinario parecido. Los dos tenían el mismo cabello negro y lacio, los pómulos altos y la piel cetrina. No estaba seguro de poder decir quién era Kyoto, o quién el intérprete, si llegase a encontrarles por la calle.

O puede que fuese únicamente porque ambos eran japoneses. A lo mejor no se parecían nada. Y puede que ellos sintieran lo mismo respecto a él, Pete y Bob. Tal vez para ellos todos los caucasianos fuesen iguales. Jupe observó a los dos hombres mientras hablaban tratando de descubrir alguna pequeña diferencia en su aspecto.

—La camioneta verde —susurró Jupe de pronto a Bob—. Es la misma que Guiños siguió desde el restaurante el Caballito de Mar. Si pudiésemos seguirla…

Jupe miró a los dos japoneses. Estaban muy enfrascados en su conversación.

—El emisor de rastreo —susurró Jupe en tono apremiante—. ¿Crees que podrás encontrarlo?

—Lo intentaré —susurró Bob a su vez—. Me parece que tía Matilda está llamando —dijo en voz alta para que el intérprete pudiera oírle—. Será mejor que vaya a ver qué quiere.

Y dando media vuelta atravesó la verja y corrió hacia el Cuartel General.

—Segunda pregunta. —El intérprete y Kyoto se acercaron de nuevo a Jupe—. ¿Dónde encontrásteis la paloma muerta?

El Primer Investigador volvió a reflexionar un segundo. Aunque era un muchacho sincero por naturaleza, había veces en que los Tres Investigadores tenían que disfrazar un poco la verdad. En especial cuando trataban de proteger a un cliente. Y en el caso de los pájaros asesinados fue Maureen Melody quien les había llamado para pedirles ayuda. Mirándolo así, hacía de la señorita Melody su cliente y su trabajo consistía en protegerla.

—Encontramos esa paloma muerta en la carretera —dijo.

—¿En qué carretera?

—Al otro lado de la ciudad. —Por lo menos eso se acercaba algo a la verdad.

El intérprete volvió a sonreír.

—Tercera pregunta —dijo—. ¿Cómo creéis que murió esa paloma?

—No lo sé. —Eso era la pura verdad. Jupe hubiese deseado conocer la respuesta.

—¿Qué aspecto tenía el cuerpo? ¿Crees que alguien le disparó?

—No —Jupe meneó la cabeza—. No parecía que le hubiesen disparado. —Oyó a Bob que regresaba del Patio Salvaje—. Supongo que pudo chocar contra un coche —sugirió.

—Bien. Gracias. —Kyoto y el intérprete se dirigían hacia la cabina de la furgoneta. Bob acababa de cruzar la verja. Jupe se adelantó para tocar el brazo del intérprete.

—Perdone —le dijo—. ¿Le importaría que ahora le hiciera yo una pregunta?

Ahora le tocó el turno al japonés considerar la respuesta.

—De acuerdo —dijo.

—El mensaje decía: «Hoy no hay perlas». Por lo menos es lo que dijo el amigo japonés de Don.

—Sí.

Bob estaba detrás de Jupe. Mirando por el rabillo del ojo Jupe pudo ver un pequeño objeto de metal entre las manos de Bob. El emisor.

—Bien, ¿y qué significa —preguntó Jupe— «Hoy no hay perlas»?

—Era un buen actor cuando se lo proponía y una de sus mejores representaciones era hacerse el tonto—. No tiene sentido —dijo dejando caer su mandíbula y adoptando una expresión estúpida—. ¿Qué perlas? ¿Por qué no había hoy?

Le dio un ligero codazo a Bob y se dirigió hacia la parte delantera de la camioneta. El intérprete y Kyoto siguieron a Jupe.

—Le agradecería muchísimo que me lo explicara —le dijo el Primer Investigador al japonés.

El intérprete exhibió su sonrisa cortés.

—Es muy sencillo —dijo—. Mi amigo Kyoto es jardinero agricultor. Tiene muchas hortalizas en su granja de la costa y las vende en un mercado japonés y el hombre del mercado necesita saber lo que él tiene para vender…

Jupe le escuchaba con la misma mirada ausente mientras Bob iba a la parte trasera de la camioneta. Le vio agacharse y alargar el brazo rápidamente bajo el parachoques posterior.

—De manera que Kyoto envía mensajes al hombre del mercado por medio de una paloma mensajera —decía el intérprete—. Le dice: «Hoy hay muchas zanahorias», o «Montones de apios». Y entonces el hombre del mercado sabe lo que tiene que vender.

Jupe vio que Bob retiraba su mano y se incorporaba. Ya no tenía el pequeño objeto metálico.

—Ya comprendo —dijo el Primer Investigador empleando su tono más bobalicón—. ¿Y Kyoto también cría perlas?

El intérprete se echó a reír.

—No se trata de perlas, sino de cebollas perla —explicó—. Hoy no hay perlas, significa que hoy no hay cebollas tipo perla.

—Oh. Gracias.

Jupe continuó con su expresión estúpida mientras Kyoto y su compañero subían a la camioneta y se alejaban. Y no se movió hasta que doblaron la esquina de la calle.

—De prisa, Bob —dijo—. El radiogoniómetro.

Bob lo había dejado justo junto a la verja. Se lo llevó a Jupe; era una caja pequeña con diales y una antena circular encima. Parecía una radio antigua. Y había sido una radio anteriormente. Jupe la había convertido en un goniómetro. Lo puso en marcha.

Bip-bip-bip.

El sonido brotó en seguida del receptor. Había captado la señal

del emisor electrónico que Bob había colocado en la parte posterior de la camioneta sujetándolo por medio de un imán.

Jupe hizo girar la antena hasta que señaló el sur.

Bip-bip-bip. Ahora se oía con mayor potencia.

—Se dirigen hacia la costa —dijo Jupe—. Vayamos tras ellos.

Pete ya había sacado las tres bicicletas y Jupe sujetó con cinta aislante el receptor al manillar de la suya. Montaron y salieron pedaleando.

Jupe conducía con una mano. Con la otra dirigía la antena del receptor hacia la derecha, hacia la izquierda, o hacia el centro. Por la mayor o menor potencia de los bips sabía la dirección que tomaban.

La señal del emisor llegaría hasta ellos siempre que se mantuvieran a menos de un kilómetro de distancia. Podían seguir a la camioneta en sus bicicletas sin peligro de ser vistos.

Jupe no pensaba que tuvieran problemas para mantener aquella distancia. Recordaba cómo jadeaba el motor de la furgoneta mientras subía la colina del restaurante el Caballito de Mar.

Mientras pedaleaba sintonizando los bips con la antena, el Primer Investigador deseaba que la camioneta no fuera demasiado lejos.

No le importaba ir en bicicleta, y además el ejercicio era bueno para él… le ayudaría a rebajar el espléndido desayuno de aquella mañana… pero esperaba que la camioneta no se dirigiera a San Francisco o algo por el estilo.

Cebollas perla, pensó. Kyoto y su amigo debieron creerle tonto de verdad si esperaban que se tragara eso. ¿Pero qué era lo de los japoneses tenían que esconder para llegar a tales extremos?

CAPÍTULO 9
EL MISTERIOSO SEÑOR FRISBEE

Al cabo de varios minutos de duro pedaleo, Jupe vio con alivio que la camioneta verde no se dirigía a San Francisco ni a Santa Mónica, sino que tomaba la carretera de la costa. Iba directamente a la ciudad.

Podía asegurar por el sonido de los bips y la dirección de la antena del aparato detector, que la camioneta ahora se movía por la Calle Mayor de Rocky Beach. Hizo señas a Bob y a Pete que iban tras él, para que aminoraran la marcha. No quería tropezarse con la camioneta, si ésta tenía que detenerse ante un semáforo en rojo. Kyoto y su compañero podrían verles por el espejo retrovisor.

Los Tres Investigadores pasaron ante la joyería de Frisbee y el Banco de Crédito. Bip-bip… Y de pronto cesaron las pulsaciones. Jupe alzó la mano y los Tres Investigadores se detuvieron. Sentado de lado en su bicicleta con un pie en el suelo, Jupe giró la antena hasta que señaló hacia la izquierda. No bip. Esta vez la dirigió hacia la derecha. Bip-bip-bip. Ahora se oía con toda potencia y claridad.

Jupe hizo la señal para girar a la derecha y abrió la marcha por la calle que serpenteaba por las colinas fuera de la ciudad.

Ahora era más difícil seguir a la camioneta debido a las curvas de la carretera. Los bips se apagaban en cada recodo. Pero eso no preocupó a Jupe, incluso cuando pasaban varios minutos sin que el receptor emitiera el menor sonido. Estaba seguro de saber a dónde iba la camioneta.

En las colinas de la parte noroeste de Rocky Beach había varios bloques cuadrados de casas con sus patios. El vecindario era conocido como el Pequeño Tokio porque casi todos los que habían

comprado o alquilado aquellas viviendas eran japoneses.

Jupe volvió a alzar la mano y los muchachos entraron en el Pequeño Tokio. Los Tres Investigadores se detuvieron. Cien metros delante de ellos, aparcada en el sendero de una casa de una sola planta, se hallaba la camioneta verde.

Jupe subió su bicicleta a la acera. Bob y Pete le siguieron. De pie entre los árboles que bordeaban la calle podían vigilar la camioneta sin que les vieran desde la casa.

—Muy bien —dijo Pete—. De modo que aquí es donde vive Kyoto; tal vez, sí, o tal vez, no. ¿Qué hacemos ahora?

Jupe no contestó. Miraba la furgoneta. Había visto a un hombre que, después de bajar por el sendero de la casa, pasó de largo y salió a la calle.

Allí había un coche rojo aparcado. Lo abrió, montó en él y se marchó.

—¿Era Kyoto? —Bob no estaba seguro. Para él los dos japoneses eran muy parecidos.

—No —Jupe meneó la cabeza—. Ese era el intérprete.

Bob no dudaba de que Jupe tuviera razón, pero no pudo por menos de preguntar:

—¿Cómo lo sabes?

—Por todo —explicó Jupe—. Por su manera de andar, sus ojos, sus orejas. Además, ¿no os fijásteis en el cinturón claveteado que llevaba y en la mancha de grasa de sus tejanos?

Bob no se había fijado. Algunas veces el poder de observación del Primer Investigador le asombraba.

—De manera que ahora podemos estar casi seguros de que esta es la casa de Kyoto —prosiguió Jupe—. Pero «casi» no es suficiente. Si pudiéramos ver el nombre del buzón…

Si lo había, debía estar al otro lado de la casa. Tendrían que pasar por delante de la casa para averiguarlo.

—Será mejor que vayas tú solo, Bob —decidió Jupe—. Pete es demasiado alto y yo demasiado… —vaciló tratando de encontrar la palabra adecuada—. Soy demasiado recio. Si por casualidad Kyoto mira por la ventana, podría reconocernos. Pero si tú te quitas los lentes y el anorak, para él tendrás el mismo aspecto que cualquier otro muchacho americano, y no recordará haberte visto antes.

—De acuerdo. —Bob no estaba seguro de celebrar que su

aspecto fuese tan anodino, pero alguien tenía que ir a mirar el nombre del buzón. De modo que guardó sus lentes en el bolsillo de su camisa y descorrió la cremallera del anorak que llevaba puesto. Se encaminó hacia la casa donde había aparcado la camioneta verde. Pasó por delante del buzón blanco que estaba al final del camino. Entonces se detuvo como por casualidad y fingiendo subirse los calcetines miró hacia atrás.

J. KYOTO.

El nombre estaba pintado en negro sobre la caja. Bob se disponía a regresar junto a sus amigos cuando observó algo más. No podía estar seguro sin los lentes, pero le pareció que había habido otro nombre en el buzón antes del de Kyoto.

Decidió asegurarse. A pesar de correr el riesgo de ser visto desde la casa de Kyoto, tenía que ponerse las gafas. Las sacó del bolsillo de su camisa y las colgó de su nariz.

Estaba en lo cierto. El nombre antiguo había sido casi cubierto por una capa de pintura blanca, pero todavía podían distinguirse algunas letras.

¿Cuánto tiempo haría que lo habían vuelto a pintar? Tras dirigir una rápida y cautelosa mirada a la casa, Bob alargó la mano para tocar el buzón. La pintura blanca que cubría el nombre estaba todavía fresca. De manera que Kyoto acababa de mudarse a aquella casa.

Bob se sentía muy orgulloso de sí mismo, por su descubrimiento y su deducción. Ni el propio Jupe hubiera podido hacerlo mejor. Estaba deseando volver con sus amigos para contárselo. Había avanzado sólo dos pasos cuando se detuvo quedándose inmóvil como una estatua. Un hombre avanzaba por el sendero de la casa en su dirección. Al verle, Bob se quedó petrificado. No había la menor duda… aquella figura menguada, el chaqué, aquellos pantalones a rayas, y la espesa barba negra.

—Eh. Eh, tú.

Parker Frisbee le había visto. Bob deseaba echar a correr, pero era incapaz de mover un solo pie. Era como una de esas pesadillas en las que se pierde el control de las piernas. Permaneció allí sin moverse mientras Frisbee se iba acercando a él.

Por lo menos hay algo bueno, pensó Bob. No lleva bastón.

Aunque el hombre podría llevar una pistola en el bolsillo, por

supuesto.

—Celebro encontrarte —Frisbee se detuvo a poca distancia—. Quería hablar con vosotros.

Era difícil saber si el joyero sonreía o no, debido a su espesa barba. Pero Frisbee no llevaba sus gafas oscuras y Bob pudo ver que sus ojos irradiaban cordialidad.

—¿Dónde están tus amigos? —preguntó Parker Frisbee. Bob hizo un gesto ambiguo señalando a los otros, y celebró descubrir que había recobrado el uso de sus miembros. Echó a andar hacia donde había dejado a Jupe y Pete, con Frisbee a su lado.

Bob vio con alivio que Jupe había extendido su anorak encima del manillar de su bicicleta escondiendo así el receptor. Aguardó intranquilo a que Frisbee se detuviera en la acera y se encarara con los otros dos Investigadores.

—¿Venís con frecuencia al Pequeño Tokio? —les preguntó en tono amistoso.

—Hay un restaurante japonés al que solemos ir —explicó Jupe rápidamente—. A Pete le gusta la comida japonesa.

—Oh, sí. El Fujiyama. Es muy bueno. Yo también voy algunas veces.

Bueno… —De nuevo Bob tuvo sus dudas respecto a si Frisbee sonreía o no—. ¿Por qué no me dejáis que os invite a comer allí?

Por una vez Jupe no supo qué decir.

La última vez que había visto a aquel hombre le estaba apuntando con una pistola mientras le ataba en el aparcamiento del Banco de Crédito. Y la vez anterior a ésa le estuvo golpeando con un bastón. Y ahora les invitaba a comer como si nada de esto hubiera ocurrido.

—Oh, es usted muy amable —consiguió murmurar al fin el Primer Investigador—. Gracias, señor Frisbee.

—Vamos —Frisbee echó a andar con presteza para cruzar la calle. Los Tres Investigadores le siguieron empujando sus bicicletas.

Bob pudo acercarse a Jupe lo suficiente para explicarle en voz baja qué había descubierto en el buzón de Kyoto. Jupe asintió con la cabeza sin hacer comentarios.

Los muchachos pusieron los candados a sus bicis delante del restaurante y Parker Frisbee les condujo a una gran mesa en un rincón. El camarero saludó al joyero en japonés. Frisbee le contestó

en el mismo idioma y le encargó la comida.

—Viví en Japón durante un par de años —explicó sin darle importancia—. Allí me dedicaba al comercio de perlas. Por eso tuve que aprender japonés.

El camarero trajo el té y Frisbee les sirvió a todos.

—Bien —dijo reclinándose en su asiento—. Tengo entendido que habéis estado realizando ciertas investigaciones privadas.

Esta vez Bob pudo ver que el joyero sonreía. Ninguno de los Tres Investigadores pronunció palabra.

—Por encargo de la señorita Maureen Melody —continuó Frisbee—, que quiere tratar de averiguar quién ha matado sus pájaros.

Jupe asintió.

—Y ahora mi jardinero, Kyoto, me dice que habéis encontrado una paloma muerta con un mensaje.

Jupe volvió a asentir con la cabeza.

—Un mensaje sobre las verduras que iba a enviar al mercado japonés. Sus cebollas perla —convino Jupe.

Hubo un largo silencio mientras el camarero colocaba una docena de platitos encima de la mesa y todos empezaron a comer.

—¿Encontrásteis esa paloma muerta en el jardín de la señorita Melody? —preguntó Frisbee al fin.

—No. —Jupe tenía la boca llena de arroz, salmón y tallos de bambú con una deliciosa salsa. Tuvo que tragar antes de continuar —. La encontramos en la carretera —explicó decidido a contarle la misma historia que a Kyoto.

Frisbee cogió los palillos y se hizo otra larga pausa mientras todos continuaban comiendo.

—Bien. —El joyero había terminado. Se secó los labios con la servilleta y se llevó la mano a su bolsillo interior.

Pete se quedó helado y el tenedor que iba a llevarse a la boca quedó en suspenso. Frisbee no iría a sacar una pistola allí, en un restaurante público… pensó desesperado.

Frisbee sacó su cartera.

—Como ya sabéis, la señorita Melody es buena amiga mía —dijo — y también una cliente valiosa. —Sus ojos brillaron un instante— Sé lo disgustada que está por sus queridos pájaros muertos y yo quiero hacer todo lo posible por ayudarla.

—Abrió su cartera de la que sacó algo.

Era un billete de cincuenta dólares y que Frisbee entregó a Jupe.

—Aquí tienes una especie de adelanto —dijo—. Para que sigáis investigando para la señorita Melody. Y si lográis averiguar quién ha estado asesinando a esos pájaros… —volvió a deslizar la cartera en su bolsillo—, os entregaré otros cincuenta dólares con mucho gusto.

—Gracias. —Jupe guardó el dinero en su bolsillo—. Haremos todo lo que podamos, señor Frisbee —le prometió.

—Todo lo que podamos —repitió una vez fuera en la acera mientras quitaban los candados de sus bicicletas y contemplaban al señor Frisbee que se alejaba rápidamente calle abajo.

—Puedes apostarlo —convino Pete—. Por cincuenta dólares… —Se paró en seco mirando a Jupe.

Era evidente que el Primer Investigador estaba absorto en sus pensamientos.

—Le llevamos a *Galia* a la tienda —dijo pensando en voz alta—. Si deseaba a esa paloma, todo lo que tenía que hacer era decir que sí, que la reconocía, que sabía de quién era y muchas gracias, yo se la devolverá a su dueño.

Meneó la cabeza como si no pudiera creer sus propias palabras.

—En vez de eso dice que no, que nunca ha visto a *Galia* y deja que nos marchemos con ella. Luego a la noche siguiente secuestra a *Galia* a punta de pistola. —Hizo una pausa sin dejar de menear la cabeza.

—Me encuentra en el bosque de la señorita Melody y me ataca con un palo —prosiguió—. Ahora nos invita a comer…

Frunció el ceño un instante al pensar en eso. Hoy había tomado un buen desayuno y ahora, a mediodía, una comida abundante. Oh, bueno, ahora no era el momento de preocuparse por su peso. Tenía muchas otras cosas en qué pensar.

—Nos invita a comer —repitió Jupe—. Me entrega cincuenta dólares y nos promete otros cincuenta si descubrimos quién mata los pájaros de Maureen Melody. Todo esto me intriga… quiero decir que resulta extraño que un mismo hombre haga todas estas cosas. Pero todavía hay otra cosa más misteriosa en Parker Frisbee…

Su voz se apagó.

—¿Qué? —le apremió Bob—. Continúa. Habla, Jupe. ¿Qué es

eso más misterioso aún?

—Que sólo lleva gafas oscuras de noche.

CAPÍTULO 10
EL ASESINO DE PALOMAS, DESCUBIERTO

—¿Qué? —gritó Pete. Jupe meneó la cabeza.

—No importa.

Sabía que era inútil hacerse oír por encima de los silbidos trinos, cantos y graznidos que llenaban los bosques que les rodeaban.

Eran las últimas horas de la tarde del día siguiente. Los Tres Investigadores iban en sus bicicletas por la avenida de Maureen Melody. Después de salir del Pequeño Tokio, Jupe había telefoneado a la señorita Melody para ir a visitarla a la mañana siguiente. Pero, cuando los tres muchachos iban a marcharse de la chatarrería para dirigirse a su casa, tía Matilda les llamó para hacerles trabajar.

La noche anterior había llovido y quería que secasen el patio así como todos los viejos frigoríficos y cocinas que tío Titus había reunido, Eso les llevó muchas horas de un tiempo valioso que hubieran podido emplear en tratar de resolver el misterio de los pájaros asesinados de la señorita Melody.

Jupe se estremeció mientras se dirigía a su casa en su bicicleta al recordar su terrible experiencia en su bosque. Esperaba poder salir de allí mucho antes de que oscureciera.

La señorita Melody acudió a abrirles en seguida. Llevaba un vestido de terciopelo negro de manga larga y, mientras acompañaba a los muchachos a la habitación a prueba de ruidos, se iba secando los ojos con un pañuelito de encaje.

—Mirad —les dijo conteniendo un sollozo y señalando hacia la mesa. Los Tres Investigadores miraron. Encima de un paño blanco

había otro halcón muerto.

Mientras Pete se acercaba a la mesa la cotorra voló de su percha y fue a posarse en su hombro.

—Es tan cruel —dijo la señorita Melody sollozando sin disimulos.

—Cruel —repitió la cotorra—. Cruel. Cruel.

Jupe estaba examinando el pájaro muerto. El cuerpo no mostraba señales de violencia. Como el otro halcón, probablemente había sido envenenado.

—¿Cuándo lo encontró, señorita Melody? —le preguntó.

Maureen Melody hizo un esfuerzo por controlar su dolor. Volvió a enjugarse los ojos.

—Ahora mismo —dijo en voz baja.

—¿Dónde?

—En el mismo… —tragó saliva acariciando sus perlas—… en el mismo sitio que el último.

—¿Dónde deja usted la comida para sus halcones?

La señorita Melody asintió en silencio. Era evidente que le resultaba muy doloroso hablar de ello.

Jupe la miró con simpatía.

—Sé lo que siente —le dijo—. Pero le agradecería mucho que me contestara un par de preguntas.

La señorita Melody volvió a asentir con la cabeza sin dejar de juguetear con sus perlas. Su contacto parecía consolarla.

—Lo intentaré —prometió con voz más segura.

—Cuando estuvimos aquí antes —le recordó Jupe—, *Edgar Allan Poe*, su urraca preferida…

Hizo una pausa. Temía que, al mencionar a su emplumado amigo, hiciera llorar de nuevo a la señorita Melody. Pero ella limitóse a asentir una vez más.

—Dijo usted que era maravillosa, que le traía muchas cosas.

—Perlas. —Maureen Melody consiguió esbozar una sonrisa ante el agradable recuerdo—. Me trajo tres perlas preciosas.

—También dijo usted que era una de sus dos preferidas.

—Sí. *Ralph Waldo Emerson* es el otro.

—¿También le trae cosas?

—Algunas veces. —Guardó su pañuelo en el bolsillo de su vestido resuelta a no llorar más—. Pero me temo que *Ralph Waldo*

Emerson no tiene ni punto de comparación con mi querido *Edgar Allan Poe*. Sólo me trae insignificancias, pedacitos de cosas. Tonterías.

Jupe contemplaba al halcón muerto con el ceño fruncido.

—¿Le trajo alguna vez algún mensaje? —le preguntó.

—¿Un mensaje?

—Pedazos de papel con algo escrito.

—No creo. No, estoy segura de que lo recordaría. Vaya, esta mañana todo lo que me trajo fue… ¿queréis ver lo que me trajo esta mañana?

Jupe le aseguró que sí. La señorita Melody se acercó a una mesita auxiliar y trajo un cenicero de cristal que mostró a Jupe.

Dentro del cenicero había una bola pequeña de cabellos. Eran cabellos ásperos, negros y rizados. Jupe imaginó que la urraca los había ido convirtiendo en bola con su pico. Se la guardó cuidadosamente en el bolsillo de su camisa.

—¿No tiene idea de dónde la encontró *Ralph Waldo Emerson*? —le preguntó.

—No, me temo que no. —La señorita Melody volvió a dejar el cenicero encima de la mesita—. Ni tampoco sé dónde pudo encontrar esas perlas *Edgar Allan Poe*.

Jupe miró por la ventana. Todavía quedaban un par de horas antes de que oscureciera.

—Vamos —les dijo a Bob y Pete—. Será mejor que echemos otro vistazo a esos bosques. —Se volvió a la señorita Melody—. Si usted no tiene inconveniente.

—Claro que no. Os estoy muy agradecida por vuestra ayuda, y al señor Frisbee también. Pero, si no os importa, prefiero no ir con vosotros. Me resulta insoportable estar en el jardín. —Maureen Melody había vuelto a sacar su pañuelo—. Me da miedo lo que pueda encontrar —dijo con voz rota.

Les acompañó hasta el ventanal. La cotorra seguía sobre el hombro de Pete y al parecer pensaba acompañarles. A Pete no le importaba. Le estaba tomando afecto, lo mismo que le ocurrió con *Galia*.

Se detuvieron primero en el lugar cubierto de grava al borde del césped donde aparecieron los dos halcones muertos.

Allí no había nada, ni restos de comida, ni huellas de pisadas.

—Bien —cantó Jupe adentrándose en el bosque—. Esta vez iremos todos juntos.

—Buena idea —cantó Pete con toda la potencia de su voz—. Por si nos encontramos a Frisbee de mal humor.

No encontraron a nadie. Por espacio de una hora los Tres Investigadores avanzaron entre maleza y arbustos, por senderos estrechos y enlodados, sin encontrar nada de interés.

Al fin salieron a un claro cubierto de hierba entre los árboles. Allí había una extraña quietud, como si la mayoría de los pájaros evitaran aquella zona. Jupe encontró un trozo de suelo seco y se sentó. Estaba cansado y tenía los pies húmedos.

Pete se tendió a su lado y Bob se reclinó contra un árbol. Estuvieron descansando unos cinco minutos. Pete contemplaba distraído a un petirrojo que picoteaba el suelo en busca de gusanos. Jupe empezaba a pensar que ya era hora de ponerse en marcha.

Y de pronto ocurrieron tres cosas, y tan de prisa que dio la impresión de que tenían lugar a la vez.

La cotorra voló del hombro de Pete con un grito de terror y se refugió en los árboles.

El petirrojo alzó la cabeza y extendió las alas.

Una forma negra y alargada cayó del cielo como una bomba y fue a aterrizar sobre la espalda del petirrojo.

Después de esto todo pasó con suma rapidez. El petirrojo no tuvo la menor oportunidad de escapar mientras el halcón negro lo sujetaba entre sus talones y lo despedazaba con su pico afilado como una navaja.

En pocos segundos el halcón extrajo lo que quiso de la carne del pajarillo y voló hacia el cielo como un cohete con su cena colgando de sus patas. Del petirrojo no quedó más que la cabeza, las patas y unas cuantas plumas ensangrentadas.

Ninguno de los Tres Investigadores dijo ni una palabra por espacio de todo un minuto. La cotorra salió de entre los árboles y volvió a posarse en el hombro de Pete.

—Cruel —dijo la cotorra con su voz aguda—. Cruel. Cruel.

—Tienes razón —convino Jupe—. Pero por lo menos ahora sabemos quién, o mejor dicho qué fue lo que mató a la paloma de dos dedos.

—Y por qué alguien ha envenenado a los halcones —sugirió Bob

—; quiero decir, que seguro que fue para evitar que matasen a más palomas mensajeras.

—Exacto —Jupe sacó la bola de cabellos negros y rizados de su bolsillo y la examinó—. Pero aún no podemos estar seguros de quién envenenó a los halcones, O quién golpeó con un palo a *Edgar Allan Poe* hasta matarlo. —Se puso en pie.

—Huellas —dijo pensativo—. Con todo lo que llovió anoche tiene que haber huellas en alguna parte. Hasta ahora no las hemos visto, eso es todo.

Miró hacia el sol.

—Vamos —dijo—. Todavía nos queda una hora de luz. Ahora nos separaremos. Registrad todos los caminos y cada pedazo de suelo enlodado.

—Si encontramos algo —preguntó Bob—, ¿cómo nos avisaremos esta vez unos a otros?

—Canta «Dios Bendiga América» lo más fuerte que puedas —le dijo Jupe.

Pete ensayó un par de estrofas para coger el tono. Asintió. Luego los Tres Investigadores se dispersaron de nuevo por el bosque en busca de huellas.

Fue Pete quien las encontró quince minutos más tarde. Dos huellas perfectas de un zapato que cruzaban el sendero embarrado que habían estado siguiendo.

Se detuvo para observarlas. La luz iba disminuyendo. Con la proximidad de la puesta de sol los pájaros iban callando. Daba bastante miedo estar solo en el bosque, pensó Pete.

Abrió la boca para empezar a cantar.

No recordaba la melodía. La había cantado perfectamente antes en el claro, pero ahora, ni que le mataran podía acordarse de cómo hacía.

—Dios bendiga… —probó. No, no era así—. Dios bendiga…

—Dios bendiga América —gritó de pronto la cotorra en su hombro.

Ella sí recordaba perfectamente la melodía.

—Gracias. —Pete le acarició las plumas.

—Dios bendiga América —cantó Pete con todas sus fuerzas—, país que adoro.

Jupe y Bob no debían andar muy lejos porque sólo tardaron un

minuto en llegar junto a él. Jupe contempló las huellas de un zapato largo y puntiagudo. Sacó la bola de cabellos de su bolsillo y la volvió a mirar.

—Buen trabajo, Pete —le dijo—. Desde luego estas no son las huellas de Frisbee. Ayer me estuve fijando bien en sus zapatos cuando estuvimos comiendo. Tiene los pies muy pequeños y usa zapatos de punta redonda. Así que… —alzó la bola de cabellos—. Probablemente no fue Frisbee quien enganchó su barba en algún arbusto espinoso y dejó esto para que *Ralph Waldo Emerson*, la urraca, lo encontrara.

Abrió la marcha por el bosque para dirigirse al lugar donde dejaron sus bicicletas. Los tres muchachos se detuvieron en la avenida. Había una luz encendida en el piso de arriba de la casa de Maureen Melody. Jupe supuso que se habría acostado y no quiso molestarla.

—De todas maneras —explicó a los otros dos Investigadores—, todavía no tenemos nada definitivo que comunicarle. Nada más que suposiciones.

—¿Tú crees que esas huellas eran de Guiños? —preguntó Bob recordando lo que Jupe había dicho de los zapatos puntiagudos que llevaba Guiños en el restaurante.

—Esa es mi primera suposición —convino Jupe—. La segunda es que la respuesta a todo este misterio tiene relación con Kyoto.

—¿Por qué? —quiso saber Pete.

—Fue Kyoto quien escribió ese mensaje: «Hoy no hay perlas». —Jupe alzó primero un dedo rechoncho, y luego otro—. Era a Kyoto a quien Parker Frisbee había ido a visitar al Pequeño Tokio. —Alzó un tercer dedo—. Y era a Kyoto a quien Guiños esperaba en el restaurante del Caballito de Mar.

Pete asintió.

—Tiene sentido —convino.

—Y gracias a Bob —prosiguió Jupe—, sabemos por qué le esperaba. Por qué le seguía.

—¿Lo sabemos? —Bob no estaba seguro de haber entendido aquello.

—Porque, como tú dedujiste por la pintura tierna de su buzón, Kyoto acababa de mudarse a una casa nueva. Y Guiños deseaba saber a dónde se había trasladado, dónde vivía ahora.

—¿Por qué? —preguntó Bob.

—Eso es lo que hemos de averiguar —admitió Jupe—. ¿Cuál es la relación entre Guiños y Kyoto? ¿Y cuál la de Kyoto y las perlas?

Guardó silencio unos instantes.

—Hemos de seguir otra vez esa camioneta —decidió—: Es la única pista concreta que tenemos.

—Tal vez podamos encontrarla con el emisor —sugirió Pete.

Júpiter meneó la cabeza.

—Ahora la pila del emisor ya estará agotada y es demasiado arriesgado ir hasta la casa de Kyoto para cambiarla.

Miró al Segundo Investigador.

—Me temo que este es un trabajo para ti, Pete —le dijo. Pete suspiró. Cuando algo resultaba peligroso siempre era un trabajo para él.

—Está bien —dijo de mala gana—. Dime lo que tengo que hacer, Jupe.

CAPÍTULO 11
EL SECRETO DE KYOTO

A la mañana siguiente Pete se levantó antes del amanecer. Se puso sus tejanos, un jersey gris, y zapatillas con suela de goma, y bajó a la cocina para prepararse el desayuno.

Había un par de gafas oscuras en su estuche encima de la mesa de la cocina. Su padre debió dejarlas allí. Pete se preguntó si sería conveniente ponérselas. Lo estuvo considerando mientras se comía un par de rosquillas y bebía un vaso de leche.

¿Pasaría más desapercibido con gafas oscuras o sin ellas? Si Kyoto le veía, ¿iba a reconocerle a pesar de todo?

Decidió llevarse las gafas. De este modo podría ponérselas o quitárselas si quería cambiar de aspecto. Metió el estuche dentro de su jersey y fue al cobertizo donde guardaba su bicicleta especial.

Era un modelo inglés de carreras con un buen cambio de marchas. Su padre se la había regalado en su último cumpleaños. Pete la cuidaba mucho y seguía utilizando su vieja bici para los transportes diarios. Podía alcanzar una velocidad de cuarenta kilómetros por hora con la de carreras, incluso pasar de los cuarenta.

La acarició con afecto como lo hubiera hecho con un caballo. La sacó del cobertizo y la montó.

Diez minutos después estaba ante el Pequeño Tokio. Aparcó la bici en la acera, entre los árboles desde donde podía vigilar la casa de Kyoto sin ser visto.

Todo iba bien. Había llegado a tiempo. La camioneta verde seguía aparcada en la avenida de la casa y había luz en el porche de Kyoto.

El sol acababa de salir cuando vio un sedán azul que se detenía delante de la casa. Un hombre se apeó del coche y subió por la avenida en dirección a la camioneta. Pete aguzó la mirada para captar con detalle la apariencia de aquel hombre. Chaqué, pantalón a rayas, bigote y barba poblada y oscura.

¡Parker Frisbee! Pete estaba seguro. Incluso con aquella tenue claridad no podía equivocarse.

Frisbee llevaba sus lentes oscuros y un paquete grande y cuadrado. Tenía un color grisáceo en aquella media luz, como si estuviera envuelto en papel de periódico. Frisbee abrió la puerta posterior de la camioneta y metió el paquete dentro.

Se apagó la luz del porche de Kyoto.

Frisbee cerró la puerta de la furgoneta, regresó al automóvil azul, montó en él, y se marchó.

Pete se reclinó contra el árbol de nuevo para esperar. Diez minutos después un japonés salió de la casa y se acercó a la camioneta. Pete tuvo un momento de indecisión. ¿Era Kyoto o el intérprete?

Entonces recordó lo que Jupe dijera del cinturón claveteado y la mancha de grasa en los tejanos del intérprete. El hombre que se dirigía a la camioneta no llevaba ninguna de las dos cosas. Era Kyoto. Vestía unos pantalones de dril descoloridos y llevaba una fiambrera metálica.

Pete sacó su bicicleta de entre los árboles y se sentó en ella.

Kyoto no abrió la puerta posterior de la camioneta; ni siquiera echó un vistazo a su interior por el cristal de atrás. Subió a la cabina de la camioneta con su fiambrera y comenzó a hacer marcha atrás para salir de la avenida. Pete puso su bicicleta en la calle.

Al llegar al final de la avenida la camioneta giró a la derecha, se detuvo un momento, y luego fue hacia donde él estaba. Pete se apresuró a esconder su flamante bici detrás de un árbol.

La camioneta pasó traqueteando por el otro lado de la calle. Pete contó hasta diez y salió tras ella.

No tuvo ningún problema para no perderla de vista mientras bajaban serpenteando por la colina en dirección a la ciudad. Una vez en la Calle Mayor se mantuvo a una manzana de distancia hasta que tomó la carretera de la costa.

Allí aumentó la velocidad y Pete disfrutó poniendo su bicicleta

de carreras a cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta kilómetros por hora, pedaleando a unos cien metros detrás de la camioneta. Era ya de día cuando pasaron por delante del restaurante del *Caballito de Mar* y bajaron la colina siguiente.

Minutos después dejaban atrás Wills Beach. Era una playa donde se permitía acampar, siempre que no se encendiesen hogueras. Habían varias tiendas de campaña sobre la arena. Una niña salió de una de las tiendas y saludó a Pete con la mano.

Dos kilómetros más allá de Wills Beach, la carretera se alejaba del mar.

Pete miró hacia la distante rompiente. Pensaba que iba a ser un gran día para nadar, cuando de pronto tuvo que emplear los frenos a fondo y parar en seco.

Las luces rojas posteriores de la camioneta se habían encendido.

Pete ladeó su bicicleta sin soltar el manillar, mientras la camioneta se detenía.

Recordaba lo delgado que estaba Kyoto, y pasó por su mente el pensamiento de que fue un japonés quien había inventado el karate. Se dispuso a dar media vuelta a su ligera bici de carreras, dando por terminada la persecución y alejarse antes de que fuera demasiado tarde.

La camioneta verde comenzó a avanzar despacio y enfiló el camino de la izquierda.

Pete no se había fijado antes en que había un camino estrecho que bajaba hacia el mar. Pedaleó con prudencia hacia la bifurcación. Treinta metros más abajo, aquel camino estrecho finalizaba en una zona de aparcamiento. Detrás había una cerca alta con cadena y su puerta correspondiente. Al otro lado de la cerca había un nutrido grupo de barracas de madera.

La camioneta verde había entrado en el aparcamiento. Tras dirigirse a un lado del camino donde poder esconderse entre la maleza, Pete observó cómo Kyoto sacaba su fiambrera y se dirigía a la parte posterior de la camioneta.

Vio cómo el japonés abría la puerta posterior y subía cerrando la puerta tras él.

Permaneció allí bastante tiempo, unos cuantos minutos. Pete se preguntó qué estaría haciendo. ¿Cambiándose de ropa?

No. Cuando al fin salió, Kyoto llevaba los mismos pantalones de

dril y sostenía con ambas manos la fiambrera mientras se dirigía a la puerta de la cerca.

Un hombre de uniforme salió de una de las barracas de madera. Llevaba una pistola al cinto, pero no era un policía ordinario. Algún guarda de seguridad, pensó Pete. El hombre abrió la puerta y Kyoto entró. El guarda volvió a cerrarla con llave.

Pete retrocedió algo más entre la maleza al ver que un camión de reparto se acercaba por la carretera y enfilaba el camino estrecho. En la parte de atrás del camión iban dos japoneses. Otros dos hombres se apearon de la cabina cuando el vehículo se hubo detenido en el aparcamiento. Todos llevaban sus fiambreras. Los cuatro japoneses se dirigieron a la puerta y el guarda armado les franqueó la entrada.

«¿Qué clase de lugar era aquél?», se preguntó Pete. No se veía nada más que las barracas de madera. Detrás de la cerca y las barracas se extendía terreno llano hasta la playa y el mar. En aquel terreno no crecía nada.

Y entonces Pete vio que ni siquiera era tierra, sino agua. Era un enorme mar interior artificial, separado de la playa por un dique bajo de piedra. El agua estaba cruzada como un tablero de damas por pasillos de madera que sobresalían varios centímetros por encima de la superficie del agua.

Vio que los japoneses se desperdigaban por aquellos pasillos y, luego de agacharse, izaban una especie de jaulas de alambre. No pudo ver lo que contenían aquellas jaulas, pero los japoneses inclinados sobre ellas escogían con cuidado entre lo que había dentro.

Pete ya no sabía distinguir cual de aquellos hombres era Kyoto, pero contó cinco figuras en cuclillas de modo que Kyoto tenía que ser una de ellas.

Permaneció oculto entre los arbustos por espacio de otra media hora. Nada ocurrió. Ni nada cambió. Guardias de seguridad patrullaban en la entrada de vez en cuando. Por lo menos había tres, ahora podía verlo. Los obreros trabajaban pacientemente inclinados sobre sus jaulas de alambre. De vez en cuando sumergían una dentro del agua, izaban otra, y rebuscaban en su interior.

Gaviotas y palomas revoloteaban sobre aquel mar interior, pero eso no era nada insólito. Se veían gaviotas y palomas por la playa a

lo largo de toda la costa.

Ya era hora de dar el parte, decidió Pete al fin. Había visto una gasolinera a medio kilómetro en la carretera. Sacó su bicicleta de entre los arbustos y se dirigió a la estación de servicio a toda velocidad.

Jupe contestó al teléfono del Cuartel General en seguida. Pete le explicó dónde estaba, a un kilómetro más allá de Wills Beach. Le dijo que les esperaría en la gasolinera.

Tardarían por lo menos una hora en llegar, se dijo al salir de la cabina telefónica. Se compró un refresco y una barra de caramelo y se acomodó a la sombra de la estación de servicio a esperar.

—Buena bicicleta —dijo el empleado de la gasolinera que se había acercado y estaba admirando la bici de carreras inglesa de Pete. Pete le dio las gracias. El empleado, que tendría sólo un par de años más que él, era un entendido en bicicletas y Pete y él estuvieron hablando de las distintas marcas y cambios de marcha en tono amistoso, hasta que a Pete se le ocurrió que el otro muchacho tal vez pudiera darle alguna información útil.



—Ese lugar de ahí abajo con la cerca de cadenas y los guardias de seguridad, ¿qué es?

—Por lo que he oído —le dijo el empleado—, es un criadero de ostras. Un japonés rico lo construyó hará unos años. Cayó la tierra y la inundó de agua y he oído decir que allí crían ostras.

Pete se quedó sin saber si el empleado hubiera podido decirle algo más. El tráfico iba aumentando y el muchacho estuvo muy ocupado llenando los depósitos de los automóviles hasta que llegaron Jupe y Bob.

Jupe estaba acalorado y falto de aliento después del largo trayecto pedaleando, pero se negó a tomar un refresco.

—Demasiadas calorías —explicó mientras se refrescaba en la fuente. Luego Pete llevó a sus amigos a un lado y les contó lo que había ocurrido y todo lo que había visto desde que saliera de su casa aquella mañana.

—Un criadero de ostras —repitió Jupe pensativo cuando hubo terminado—. Guardias de seguridad. Parker Frisbee. Un paquete grande y cuadrado. Buen trabajo, Pete.

—Sí, pero ¿qué significa todo esto, Jupe? —le preguntó Pete. El Primer Investigador no contestó.

—Busquemos un buen sitio para escondernos y poder ver lo que ocurre a continuación —sugirió en vez de responder.

Los Tres Investigadores fueron hasta el desvío en fila india.

Escondieron sus bicicletas entre los arbustos y se tendieron en el suelo para poder observar el estrecho camino vecinal y la puerta de entrada.

Jupe había llevado consigo unos prismáticos, y con ellos enfocó a los obreros japoneses que, en cuclillas, revisaban las jaulas.

—Desde luego son ostras lo que hay en esas jaulas —dijo—. Es difícil ver a través de la cerca y saber exactamente qué hacen con ellas, pero parece que abren algunas.

El sol estaba ya muy alto. Pete deseaba haberse traído otro refresco de la gasolinera. Se puso las gafas oscuras y tendiéndose de espaldas cerró los ojos.

A mediodía uno de los guardas hizo sonar un silbato. Los obreros japoneses hicieron un alto para comer. Permanecieron donde estaban sentados al sol y dieron cuenta del contenido de sus fiambreras.

Gaviotas y palomas revoloteaban a su alrededor buscando desperdicios.

Los japoneses las ahuyentaban a gritos. Al fin las aves desistieron y tras elevarse en el aire, desaparecieron.

Júpiter bajó sus prismáticos. Al ver comer a los japoneses cayó en la cuenta de lo hambriento que estaba. Intentó con todas sus fuerzas apartar la comida de su mente y concentrarse en el misterio de la paloma con dos dedos en una pata y los pájaros asesinados. Inconscientemente comenzó a pellizcarse el labio inferior.

Aquel paquete gris que Parker Frisbee había metido en la parte de atrás de la camioneta verde mientras Pete le observaba, ¿qué contenía? Según Pete, Kyoto lo había dejado en la camioneta cuando entró en aquel recinto sólo con su fiambrera.

Jupe dio un codazo a Pete para despertarle.

—¿Cerró Kyoto con llave la puerta de atrás de su camioneta? —preguntó cuando Pete se movió y levantó la cabeza. Jupe no podía saber si Pete tenía los ojos abiertos o cerrados debido a las gafas negras, pero le pareció que estaba más o menos consciente.

—No —contestó Pete con voz somnolienta—. No, estoy seguro de que no la cerró —y bajando la cabeza se dispuso a dormir de nuevo.

Jupe consideró las posibilidades. ¿Podría deslizarse hasta la camioneta, subirse a la parte de atrás y abrir aquel paquete gris? Se vio obligado a admitir que la respuesta era no. Los guardas armados no se habían ido a comer y seguían patrullando la puerta y las cercas de hierro.

Pocos minutos después volvió a sonar el silbato. Los japoneses cerraron sus fiambreras y volvieron al trabajo eligiendo entre las ostras que estaban en las jaulas de alambre.

Jupe procuraba mantener los ojos abiertos. Pero no había nada que ver, ni siquiera a través de los prismáticos. Por lo menos nada nuevo. El calor, la inmovilidad y el apetito le abrumaban. Se le cerraban los párpados. La cabeza le cayó entre las manos.

Soñó que estaba comiendo un pastel de piña con mucha nata. Iba a clavar su tenedor en el segundo pedazo…

El agudo silbido le despertó. Vio en su reloj que eran las tres. Los japoneses sumergían sus jaulas en el agua, y puestos en pie comenzaron a regresar a la entrada.

De pronto la mente de Jupe se aclaró después de su siesta. Gafas oscuras, pensó, y fue como un descubrimiento. Parker Frisbee las llevaba puestas en el bosque de la señorita Melody y también en el aparcamiento del Banco de Crédito. Y las dos veces era de noche. Pero las gafas oscuras sirven para algo más que resguardar los ojos de la luz… para ocultarte de la otra gente. Él ni siquiera supo si Pete tenía los ojos abiertos o no.

Jupe miró al otro lado de la alambrada. Los japoneses no salían por la puerta, sino que desaparecían en el interior de una de las barracas de madera. Entonces se dio cuenta de que todos los guardas habían desaparecido también.

Se puso rápidamente en pie y corrió cuanto le fue posible por el estrecho camino que llevaba al aparcamiento.

Bob abrió los ojos. No había nadie a su lado. ¿Dónde estaba Jupe? ¿A dónde había ido? Luego, al mirar al otro lado de la carretera vio al Primer Investigador que abría la puerta de atrás de la camioneta y se subía a su interior. La puerta se cerró.

—Oh, no. —Pete alzó la cabeza.

—¿Qué crees que debemos hacer? —le preguntó Bob—. Me refiero a qué crees tú que Jupe quiere que hagamos. ¿Tú crees que se ha escondido en la camioneta de Kyoto para irse con él? ¿O qué?

—No lo sé —Pete estaba tan desconcertado como Bob—. Pero si hubiese querido que hiciésemos algo nos lo habría dicho, ¿no te parece?

—Sí. Puede que sólo esté registrando la camioneta. Será mejor que le esperemos aquí, me figuro. Sólo espero que vuelva antes de que Kyoto… —Iba a decir: antes de que Kyoto le pesque, pero no había ni rastro de Kyoto ni de nadie. Ni japoneses, ni guardas.

Bob cogió los prismáticos y examinó con ellos los diques vacíos y la alambrada. Se detuvo enfocando la ventana de una de las barracas.

Era difícil distinguir algo con mucha claridad, pero pudo ver que la cabaña estaba llena de guardas y japoneses. Los japoneses se habían quitado la ropa, y al parecer los guardas los estaban registrando a ellos, a sus ropas y el interior de sus fiambreras.

Bob bajó los prismáticos. Jupe volvía corriendo por la carretera. El Primer Investigador se dejó caer a su lado entre la maleza. Jupe tenía el rostro enrojecido y jadeaba, pero sus ojos brillaban de

excitación.

—Los guardas les están registrando, ¿verdad? —preguntó en cuanto hubo recobrado el aliento.

Bob asintió.

—Por lo menos eso es lo que parece. ¿Qué crees tú que andan buscando, Jupe?

El Primer Investigador no contestó en seguida.

—He hecho algunas averiguaciones por mi cuenta —dijo al cabo de unos instantes—. He descubierto qué había en ese paquete de la camioneta de Kyoto. Pero no estaba envuelto en papel de periódico, Pete. Me figuro que debía parecer gris con tan poca luz, pero en realidad era arpillera.

—Arpillera —repitió Pete—. ¿Quieres decir igual que el paquete de Guiños?

—Exactamente igual —repuso Jupe—. La tela ha sido arrancada, pero la jaula sigue en el interior de la camioneta. Ahora está vacía. Pero apuesto a que, esta mañana, cuando Frisbee la metió ahí, no lo estaba, porque he encontrado esto.

Y extendió la mano para mostrar a sus amigos lo que había encontrado.

Un grano de maíz.

—Palomas —dijo Pete—. Kyoto llevaba una paloma en esa jaula…

—Y la entró en ese recinto escondida en su fiambrera —prosiguió Jupe—. Eso fue sencillo. Los guardas no registran a los obreros japoneses cuando entran. Sólo al salir.

Bob, intrigado, había fruncido el ceño.

—¿Pero por qué les registran? —volvió a preguntar.

—Buscan perlas —explicó Jupe pacientemente—. Para eso son todas esas ostras. Esto es un criadero de perlas cultivadas.

CAPÍTULO 12
JUPE TIENE UN PLAN

—Perlas —volvió a decir Jupe—. Perlas y palomas mensajeras.

Los Tres Investigadores se habían reunido en el Cuartel General después de abandonar el criadero de ostras, y estaban comiendo unos bocadillos que les había preparado tía Matilda. Jupe había partido el suyo por la mitad, decidido a comerse sólo medio.

Bob había sido el último en llegar. Tuvo que pasar por la biblioteca para recoger un par de libros que Jupe le había pedido.

—¿Qué dice de las perlas cultivadas? —le preguntó Jupe.

Bob abrió uno de los libros titulado Piedras preciosas, y sacó una hoja de papel en la que había tomado algunas notas.

—Perlas cultivadas —se ajustó los lentes sobre el puente de la nariz—. Se cogen ostras muy jóvenes y se guardan en jaulas bajo el agua. Cuando las ostras tienen tres años, se abren y se les introduce un diminuto grano de madreperla dentro de las valvas. Se coloca en lo que se llama manto de la ostra. Luego se vuelven a sumergir las jaulas en el agua. Se dejan las ostras allí por espacio de tres a seis años, abriéndolas y examinándolas de vez en cuando. Las ostras se irritan por la materia dura que se ha introducido en su interior y forman una perla a su alrededor…

—Como una especie de vendaje —sugirió Pete.

—Si, bueno, como una especie de protección. —Bob volvió a sus notas—. Al cabo de seis años, las perlas están ya formadas y se sacan de las ostras, se clasifican y se venden. Es una de las grandes industrias del Japón. Algunas perlas cultivadas valen cientos de dólares.

—¿Por qué se llaman cultivadas? —preguntó Pete—. ¿Es que las

ostras crecen con la lluvia o algo por el estilo?

Bob y Júpiter lanzaron un gemido al oír el chiste malo del Segundo Investigador.

—No, no —contestó Bob—. Cultivadas en este caso significa que se crían o crecen artificialmente. Te aseguras de que la perla va a empezar a crecer poniendo un grano duro dentro de la ostra. No esperas a tener la suerte de que penetre en la ostra por casualidad.

—Así que cultivan perlas en ese sitio donde trabaja Kyoto. —Pete acariciaba las plumas de *Galia* a través del enrejado de alambre de su jaula grande—. Y por eso los guardas registran a los obreros antes de que se marchen. Para impedir que roben ninguna perla. ¿Estoy en lo cierto, Jupe?

—Sí. —El Primer Investigador se reclinó en su silla giratoria—. Pero no les registran cuando entran por la puerta. Y eso les dio una idea a Parker Frisbee y a Kyoto. Una idea muy sencilla. En eso está su belleza. Parker Frisbee pone una jaula con una paloma mensajera en la parte posterior de la camioneta de Kyoto. Cuando llega al criadero de ostras, Kyoto saca a la paloma de su jaula y la mete dentro de su fiambrera.

Jupe guardó silencio un minuto jugueteando con la segunda mitad de su bocadillo. Al fin la apartó a un lado.

—Si Kyoto encuentra una buena perla aquel día en alguna ostra, espera hasta la hora de comer, saca a la paloma de su fiambrera, y ata la perla a su pata. Hay tantos pájaros por allí, que ninguno de los guardas va a fijarse en uno más. La paloma regresa al palomar de Parker Frisbee y le entrega la perla.

—Y si Kyoto no encuentra una buena perla antes de la hora de comer —añadió Bob—, envía un mensaje a Parker Frisbee en japonés que dice: «Hoy no hay perlas» como el que encontramos en esa paloma de dos dedos que fue muerta por los halcones de la señorita Melody. Pero…

Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

—Pero… —repitió intrigado.

—Pero esa paloma no pertenecía a Parker Frisbee, sino a Guiños —concluyó Jupe por él—. Por lo menos Guiños la tenía en el restaurante del Caballito de Mar. En una jaula exactamente igual y envuelta en tela de saco.

Sin pensar lo que hacía, Jupe partió un pedazo del bocadillo.

—Echemos un vistazo al otro libro, Bob —le dijo.

El otro libro que Bob había traído de la biblioteca era un mapa de carreteras del sur de California. Jupe se llevó el pedazo de bocadillo a la boca, para tener las manos libres y abrió el atlas por el mapa a escala reducida que incluía a Rocky Beach y Santa Mónica. Los otros dos Investigadores se inclinaron sobre su hombro para mirarlo.

—Aquí tenemos Wills Beach —Jupe puso su dedo rechoncho sobre una sección del mapa… un trozo de costa que se extendía del este al oeste—. De modo que el criadero de ostras debe estar aquí. Y Parker Frisbee vive… —Movió su dedo a lo largo de la costa hasta Rocky Beach masticando distraído—. Aquí. En la parte oeste de la ciudad. Lo sé porque he buscado su dirección en la guía telefónica.

Sacó una regla de su escritorio y la colocó entre ambos puntos.

—¿Qué os dice esto? —preguntó.

—Que es un vuelo fácil, casi todo sobre el mar; entre el criadero de ostras y la casa de Frisbee, donde probablemente tiene su palomar —repuso Pete—, hay unos seis kilómetros de distancia.

—Que una paloma mensajera tardará en recorrer unos seis minutos —agregó Bob—. De modo que todo lo que Frisbee tiene que hacer es ir a su casa a mediodía y no tendrá que esperar mucho tiempo para que llegue su paloma con la perla.

—Pero entonces, ¿cómo es que la paloma fue muerta en los bosques de la señorita Melody? —objetó Pete—. Maureen Melody vive en el lado este de la ciudad. —Señaló en el mapa—. Eso está muy lejos de la casa de Frisbee. ¿Qué hacía esa paloma tan apartada de su ruta?

—Claro que esa ruta era únicamente para ir al palomar de Frisbee. —Jupe movió la regla de manera que formara una línea recta entre el criadero de ostras y la casa de la señorita Melody—. Pero no para ir aquí. —Apoyó su dedo en el mapa para señalar una ciudad de la costa a pocos kilómetros de Rocky Beach.

—Santa Mónica —dijo Bob.

—¿Guiños? —sugirió Pete.

—Guiños vive en Santa Mónica —recordó Bob—. Lo admitió en el restaurante del Caballito de Mar.

—De modo que si esa paloma de dos dedos pertenecía a Guiños —prosiguió Jupe— y volaba de regreso al palomar de Guiños en

Santa Mónica, tuvo que pasar sobre los bosques de Maureen Melody. Y así es como fue atacada por uno de sus halcones.

Guardó silencio unos instantes manoseando pensativo lo que quedaba de su bocadillo.

—Y evidentemente no fue la primera paloma de Guiños que moría de esa manera —continuó—. La señorita Melody dijo que *Edgar Allan Poe* le había traído tres perlas este mes. Me parece más que probable que la urraca las encontrara todas atadas a las patas de palomas muertas en el bosque de la señorita Melody.

—Parece que encaja —convino Pete. Jupe frunció el entrecejo y cerró el atlas.

—Puede encajar —comentó—, si Frisbee y Guiños son socios. Es decir, si un día utilizan una paloma mensajera de Guiños y al otro, la de Frisbee. Es la única manera de encontrar sentido al comportamiento de Frisbee. Le preocupa que las aves de Guiños vayan muriendo y registra el bosque de la señorita Melody de noche. Me ve a mí allí y piensa que soy el asesino. Por eso me ataca con un palo.

Jupe partió otro pedazo de bocadillo.

—Entonces se entera por Maureen Melody que tratamos de ayudarla y decide mostrarse amable. Nos ofrece una recompensa para que averigüemos qué les ocurre a las palomas de Guiños.

Sacudió la cabeza mirando ceñudo el pan y queso que sostenía entre sus dedos. Su vista pareció distraerle, y se lo metió en la boca.

—Pero no pueden ser socios —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Bob—. ¿Qué es lo que te hace pensar que no lo son?

Jupe masticó unos segundos antes de responder.

—Si fuesen socios —explicó—, entonces Guiños y Kyoto lo serían también —Jupe jugueteaba distraído con otro pedazo de bocadillo como un perro royendo un hueso—. Y Guiños hubiese sabido dónde vivía Kyoto. Hubiera sabido dónde estaba su nueva casa y no hubiese tenido necesidad de esperar en el restaurante del Caballito de Mar para seguir la camioneta verde de Kyoto cuando saliera del trabajo y de este modo averiguar a dónde se había mudado.

Jupe se puso en pie e introdujo el último pedazo de pan en su boca como si quisiera perderlo de vista. Miró a Bob y a Pete.

—Propongo que pidamos permiso a nuestras familias para pasar la noche en Wilss Beach —dijo.

Sabía que no les pondrían dificultades. Los Tres Investigadores acampaban a menudo durante el verano. Quedaron en encontrarse en el patio de la cacharrería dos horas más tarde. Jupe pediría a Hans, uno de los ayudantes de tío Titus, que les llevase a todos en su camión hasta Wills Beach, con sus bicicletas y sus sacos de dormir.

—Y entonces mañana muy temprano, cuando llegue Kyoto con su camioneta verde para entrar en el criadero de ostras, nosotros le estaremos esperando —dijo Júpiter.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Pete—. ¿Seguirle otra vez?

—No. —Jupe meneó la cabeza—. Vamos a tratar de resolver este caso de una vez por todas, de un modo sencillo y práctico.

Miró hacia su escritorio buscando con los ojos la mitad del bocadillo que había tratado de reservar para la cena. No estaba allí y comprendió con una punzada dolorosa que se lo había comido sin darse cuenta.

—¡Vamos a utilizar a *Galia* para atrapar a Guiños! —exclamó.

CAPÍTULO 13
EL CAMBIAZO

Jupe se dijo que él no sería nunca un entusiasta de la acampada, cuando se despertó en su saco de dormir a la mañana siguiente. Estaba entumecido después de haber pasado toda la noche sobre el duro suelo y tenía los ojos y la boca llenos de arena.

Miró su reloj. Las seis. Hora de levantarse. Tras desperezarse, salió del saco de dormir.

Los otros dos Investigadores ya se habían levantado. Pete se hallaba inclinado sobre la pequeña jaula de *Galia* y acariciaba las plumas de la paloma mientras le daba de comer. Bob ofreció a Jupe unos donuts y leche en un vaso de cartón.

Jupe vaciló. ¿Por qué no?, se dijo. Un donut no le iba a engordar tanto y necesitaba todas sus fuerzas. Bebió la leche despacito. Le ayudó a quitarse el gusto a arena de la boca.

Diez minutos después, los muchachos hablan recogido sus bártulos. Jupe ayudó a Pete a envolver la jaula de *Galia* con la arpillera para que quedaran las esquinas bien tapadas. Luego la sujetaron con cinta adhesiva al porta paquetes de la bicicleta de Jupe. Pete colgó una bolsa de viaje de líneas aéreas de su manillar.

Balanceando sus sacos de dormir enrollados en sus manillares, pedalearon despacio por la carretera hasta la gasolinera, Pete había pedido al empleado amigo suyo que les guardara sus cosas durante un par de horas.

Montaron de nuevo en sus bicicletas y recorrieron el medio kilómetro que les separaba del criadero de ostras. Jupe recordaba haber visto el día anterior un lugar ideal para poner en práctica su plan. Los dos caminos en que se bifurcaba la autopista se hallaban

separados por un arcén muy ancho y cubierto de hierba en una curva muy cerrada, y había gran cantidad de maleza a la derecha del camino, en el lado más alejado del mar.

Los muchachos apartaron sus bicicletas del camino y las escondieron entre los arbustos. Jupe desató la jaula de *Galia* de su porta paquetes y la puso a la sombra, fuera de la vista. Bob retiró la bolsa de las líneas aéreas de su manillar. Los tres llevaban en la mano las bombas de hinchar los neumáticos de sus bicis, mientras se encaminaban a la curva del camino. Se acomodaron en la cuneta.

Bob sacó de su bolsa un paquete de globos de varias formas y colores.

Repartió los globos entre los tres, veinte para cada uno y se pusieron a trabajar. Utilizaron las bombas de sus bicicletas para hincharlos y luego ataron su extremo. Pronto tuvieron un montón de globos amontonados al borde del camino.

Jupe se alegró de que no hubiera pasado ni un solo automóvil desde que empezaron a hinchar los globos. Apenas había tráfico en aquel camino vecinal a aquellas horas de la mañana. Y también les favoreció que no soplase viento.



Bob volvió a abrir su bolsa de la que extrajo una pancarta de tela blanca que había preparado la noche anterior siguiendo las instrucciones de Jupe. Los muchachos la colgaron entre dos arbustos de la cuesta.

Se leía con letras muy grandes:

AYUDA A TUS AMIGAS LAS AVES. COMPRA UN GLOBO

Jupe miró hacia la curva del camino veinte metros atrás y luego hacia lo alto donde crecían las salvias y mesquites en una pequeña colina.

—Tú te puedes esconder ahí arriba, Bob —le dijo—, desde donde nos verás a Pete y a mí. ¿Tienes pañuelo?

—Sí, Pete. —Bob lo sacó del bolsillo de sus tejanos—. Lo agitaré así —dijo Bob—, hacia adelante y hacia atrás. Y será la señal para que puedas dejarle pasar.

Pete asintió de mala gana. No estaba muy tranquilo y sólo esperaba poder salir con bien sin enfurecer a Kyoto. En su opinión, aquel japonés bien pudiera ser un cinturón negro de karate. Si Kyoto le reconocía y llegaba a sospechar que le hacía víctima de algún truco, era capaz de entrar en acción y derribarle de un golpe seco ejecutado con una sola mano.

Pete sacó las gafas oscuras de su padre del bolsillo y se las puso.

—¿Cómo sabré que se acerca? —preguntó un poco inquieto.

—Tres silbidos cortos significa que la camioneta está a la vista —le dijo Jupe—. Luego silbaré dos veces más después de que me haya pasado por delante. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Jupe observó el tono de inseguridad de Pete. Sabía que su papel era el más difícil del plan que había trazado. ¡Ojalá le fuera posible ocupar su lugar y representarlo él! Pero Jupe era uno de los tres muchachos que había sido visto por Kyoto en la chatarrería, y el más fácil de recordar y reconocer.

—No ceses de sonreír, Pete —le dijo con intención de tranquilizarle—. No dejes de hablar y sonreír.

—¿Y qué digo?

—Cualquier cosa —replicó Jupe—. No importa. Él no habla inglés, de manera que tampoco entenderá lo que le digas.

—Está bien —dijo Pete, pero seguía muy nervioso.

Jupe miró su reloj. Era casi la hora cero.

—Es hora de prepararse —dijo.

Bob subió a lo alto de la pequeña colina y se tendió entre la hierba, con el pañuelo preparado.

Jupe regresó al lugar donde habían dejado sus bicicletas y se escondió entre los arbustos al borde del camino. Puso la mano encima de la jaula tapada y sintió cómo *Galia* se movía bajo la arpillera.

Pete se quedó junto al enorme montón de globos. «Ayuda a tus amigas las aves», murmuró contemplando la gran pancarta de letras rojas. Qué diablos importarán los pájaros. Soy yo el que necesitaré ayuda.

Aunque hacía un poco de fresco y él permanecía inmóvil, Jupe sentía como las gotas de sudor resbalaban por sus mejillas y su nariz: estaba preocupado por Pete y ni siquiera podía vigilarle. Ahora no veía a ninguno de los otros dos Investigadores. Jupe no apartaba los ojos de la carretera que estaba a su izquierda, aguardando la aparición de la camioneta verde.

Cinco minutos. Diez minutos. Empezaba a pensar que no iba a llegar. Por alguna razón Kyoto no iría a trabajar aquella mañana. Pensando en Pete, Jupe casi deseó que la camioneta no apareciese jamás.

Y de repente allí estaba traqueteando hacia él. Jupe se llevó los dedos a la boca y silbó tres veces.

La camioneta pasó por delante de él. Jupe volvió a silbar dos veces.

En cuanto la camioneta se perdió de vista después de la curva se puso en pie de un salto y, sosteniendo la caja cuadrada contra su pecho, corrió por la cuneta tras ella.

Pete oyó los tres silbidos primeros. Alargó los brazos y con ellos rodeó la torre de globos empujándola hacia el centro del camino. Cuando oyó los otros dos silbidos, estaba metido hasta el cuello entre globos, reuniéndolos y amontonándolos para que formaran una barrera de colores brillantes de un lado a otro de la carretera.

Ahora ya se oía la camioneta. Aminoraba la marcha, y se detuvo a unos cinco metros de la barrera de globos que Pete había construido.

Kyoto se asomó por la ventanilla y le gritó algo en japonés. Pete no le hizo caso y fingió apartar los globos del camino, pero en realidad lo que hacía era asegurarse de que no quedaba ningún resquicio por donde pudiera pasar la camioneta sin peligro de verse envuelta en un torbellino de globos.

Kyoto se apeó de la camioneta y se acercó a él. Se detuvo mirándole extrañado y propinó un puntapié al globo más cercano. Era uno largo de color verde en forma de salchicha. Subió disparado y fue a darle suavemente en la nariz. Kyoto dijo algo ininteligible y lo apartó.

Pete esbozó una sonrisa forzada.

—Ayude a sus amigas las aves —dijo—. Compre un globo.

Kyoto murmuró algo en japonés.

Pete continuó sonriendo. No pares de hablar, le había dicho Jupe. Lo malo era que no se le ocurría nada que decir y sentía como si su rostro llevara varias horas contraído en aquella sonrisa inexpresiva. De pronto le vino una idea a la cabeza. Era una vieja tonada de la unión que su padre cantaba por casa.

—No, no nos moverán —dijo Pete a Kyoto esperanzado y sin dejar de sonreír—. No, no nos moverán. Como el árbol arraigado junto al agua, no nos moverán.

Kyoto propinó un puntapié a otro globo, esta vez a uno redondo y amarillo. Se elevó unos metros en el aire y volvió a caer encima de los otros haciendo la barrera más alta.

—Nos quedaremos para luchar juntos —le explicó Pete con una amplia sonrisa señalando la pancarta—. No nos moverán. Nos quedaremos para…

Jupe estaba ahora a sólo unos diez metros de la camioneta. Había llegado corriendo por la cuneta y subió a la carretera. Sus zapatillas de suela de goma no hicieron el menor ruido mientras recorría los últimos metros. Lo más difícil iba a ser abrir la puerta posterior de la camioneta sin que Kyoto le oyera. Dio gracias a su buena estrella de que el japonés hubiera dejado el motor en marcha.

—… luchar juntos. No nos moverán. —Pete alzó la voz ligeramente. Kyoto rebuscaba en el bolsillo de sus tejanos. ¿Qué buscaba? La sonrisa de Pete era ya desesperada—. Como el árbol arraigado junto al agua —se apresuró a continuar.

Jupe con sumo cuidado hizo girar el tirador de la puerta de atrás de la camioneta. Chirrió. Fue tan sólo un ligero chirrido, pero a Jupe le sonó como un grito. Abrió la puerta.

Desde su escondite en lo alto de la colina, Bob vio cómo Jupe se inclinaba hacia adelante para asomarse al interior de la camioneta. Sujetó el pañuelo con más fuerza.

Jupe, sentado en la parte de atrás de la camioneta vio que allí estaba la caja cuadrada envuelta en arpillera. Jupe colocó la suya a su lado y con suavidad y sumo cuidado levantó la otra. Con la caja de Kyoto abrazada contra su pecho, colocó a *Galia* con su jaula idénticamente envuelta en el mismo sitio donde estuvo la primera caja.

—No nos moverán… —Pete se interrumpió. Su voz pareció quebrarse y morir en su garganta. Kyoto había sacado una navaja de su bolsillo. Abrió su hoja larga y reluciente.

Jupe se dispuso a cerrar la puerta de la camioneta. Se oyó un estallido. Jupe pegó un salto como si algo hubiera estallado a sus pies. La paloma que sostenía entre sus brazos lanzó un sonido ahogado.

Jupe se quedó muy quieto aguardando.

Se oyó otra explosión.

—No nos moverán —repitió Pete con voz débil.

Kyoto andaba entre los globos a navajazos haciéndolos estallar uno tras otro.

—La unión nos protege, no nos… —Pete le gritó con una sonrisa helada y fantasmal—… moverán. La unión nos protege…

Jupe empujó la puerta de la camioneta cerrándola con cuidado y se aseguró de que corriera el pestillo. Se dispuso a retroceder por el camino con la caja de Kyoto abrazada contra su pecho.

—¡No nos moverán! —gritó Pete corriendo entre los globos como una gallina que trata de salvar a sus polluelos de una zorra. Y mientras los iba reuniendo y gritaba: «No nos moverán» miraba desesperadamente hacia la colina donde Bob se había escondido.

Kyoto seguía pinchando y apartando los globos. Ya había hecho estallar más de la mitad.

Bob vio que Jupe volvía de la camioneta. Observó cómo corría unos cuantos metros y luego se refugiaba entre los arbustos de la cuneta.

Bob se incorporó agitando su pañuelo de un lado a otro.

—Igual que el árbol… —continuó Pete desesperado. Y entonces vio la señal. Casi se desmaya de alivio. Vio cómo el japonés reventaba los últimos globos y luego volvía a montar en su camioneta sentándose al volante.

Pete se apartó tambaleándose hasta un lado del camino y se sentó en la cuneta para contemplar cómo la camioneta pisaba los restos de brillantes colores de los pobres globos.

Jupe salió de entre los arbustos con la caja de Kyoto y se dirigió hacia Pete. Lo había conseguido, había logrado lo que se propuso hacer, cambiar una paloma por otra. Pero estaba muy lejos de sentirse satisfecho de sí mismo. Era Pete quien había llevado a cabo la parte más difícil, la más peligrosa, detener la camioneta y entretenerla el tiempo suficiente para que Jupe hiciera el cambiazo.

—¿Estás bien? —le preguntó al sentarse junto a su amigo. Bob bajó de la colina para reunirse con ellos—. Hiciste un buen trabajo, Pete. ¿Estás bien?

Pete meneó la cabeza de un lado a otro lentamente.

—¡Uau! —exclamó—. Cuando sacó esa navaja… Mis nervios ya no volverán a ser los de antes.

Miró a Júpiter.

—Como ese Poe dice en su poema dedicado a los pájaros: nunca más. ¡Nunca más!

CAPÍTULO 14
UN ACCIDENTADO REGRESO A CASA

Júpiter permaneció alicaído junto a la carretera. En realidad lamentaba haber hecho pasar a Pete tan mal rato. Y Bob también. Pero al mismo tiempo no podía evitar el sentir una ligera sensación de triunfo.

—Por lo menos ha resultado —dijo al cabo de un momento—. Kyoto se ha ido al criadero de ostras con *Galia* en la parte de atrás de su camioneta.

—Muy bien —suspiró Pete—. Ha resultado. ¿Y ahora qué?

Jupe estaba quitando la arpillera que cubría la jaula.

—Échame una mano, ¿quieres Bob? —le dijo.

Entre los dos abrieron la puerta de la jaula y cogieron con cuidado la paloma mensajera que había dentro. Bob lo sostuvo con ambas manos mientras Jupe sacaba una pequeña tira de aluminio y una tarjeta de los Tres Investigadores de su bolsillo. Dobló la tarjeta y la rodeó con la tira de aluminio que luego sujetó firmemente a la pata de la paloma.

—¿Quieres soltarla tú, Pete? —le preguntó Jupe. Pensó que lo mejor para evitar que se preocupara por su estado nervioso era darle algo que hacer.

El Segundo Investigador asintió y Bob le entregó la paloma. Pete se levantó sosteniendo la paloma entre sus manos y acariciando sus plumas con las puntas de sus dedos.

—Es hora de volver a casa —le dijo Pete al soltarla suavemente en el aire. Durante unos segundos revoloteó sobre su cabeza—. Se está orientando —explicó Pete—. Ahora. Allá va.

Estaba en lo cierto. La paloma salió disparada como un cohete

en dirección a la costa.

Casi dos horas más tarde los Tres Investigadores entraban con sus bicicletas en la chatarrería. Después de recoger sus bártulos en la gasolinera y con el estorbo de los sacos de dormir enrollados, tuvieron que pedalear muy despacio.

—Vaya, ya estáis aquí —les saludó al llegar tía Matilda—. Me temía que os quedarais a pasar todo el día en la playa. Tío Titus acaba de traer esta carga…

Tío Titus acababa de traer una carga de bisagras viejas, que había que seleccionar y almacenar.

Jupe suspiró, aunque en realidad no le molestaba tener que trabajar. Faltaban dos horas para mediodía. Clasificar las bisagras les ayudaría a pasar el tiempo y les daba una excusa para permanecer allí.

Los muchachos se pusieron a trabajar impacientes y nerviosos. Su pensamiento, y a menudo sus ojos, se dirigían al cielo, con los oídos alerta para escuchar el aleteo de unas alas de paloma.

A las once, tío Titus se llevó a tía Matilda en su coche a la ciudad de compras. Jupe sabía que no iban a regresar antes de las dos. Los tres muchachos tendrían el patio entero para ellos solos hasta entonces.

Se tomaron el trabajo con calma… cada vez más relajados y más despacio. A mediodía ya no siguieron fingiendo por más tiempo que clasificaban bisagras y se sentaron en el suelo ante el taller exterior de Jupe sin cesar de escudriñar el cielo, aguardando.

Jupe miraba constantemente su reloj. Se puso en pie de un salto cuando una golondrina pasó por encima de ellos, y luego volvió a sentarse un tanto avergonzado.

—Claro que no sabemos exactamente cuando Kyoto soltará a *Galia*. —Jupe lo dijo para tranquilizar a los otros y también a sí mismo—. Tal vez coma primero o…

Se interrumpió. Pete había vuelto a levantarse y Jupe también la vio. La hermosa, esbelta y satinada paloma describiendo círculos a medida que iba descendiendo.

—¡Es *Galia*! —Pete saludó a la paloma—. *Galia* —gritaba—. *Galia. Galia.*

Galia le había visto y descendió echando sus alas hacia atrás y posándose graciosamente sobre sus patas en el centro del taller.

Pete fue el primero en llegar junto a él. Cogió la paloma con ambas manos y le acarició el cuello suavemente.

—*Galia* —le susurró agradecido—. La buena de *Galia*. Has vuelto a casa.

Jupe examinaba las patas del palomo.

—Uau —gritó excitado—. Mirad. Mirad. —Y con cuidado soltó una delgada tira metálica de la pata de la paloma. Al desdoblaría sacó lo que había en su interior y mostró a sus amigos lo que había encontrado.

Una perla grande y rutilante.

—Supongo que esto prueba rotundamente… —dijo Jupe sosteniendo la perla entre sus dedos— nuestra teoría acerca de Kyoto, Parker Frisbee, la paloma de dos dedos y…

—Dadme eso.

La voz vino de la entrada del taller.

Los Tres Investigadores se volvieron como si una mano gigante les hubiese hecho girar.

Un hombre se hallaba de pie entre las dos pilas de chatarra que flanqueaban el taller. Llevaba impermeable negro y gafas oscuras. Era difícil ver su rostro debido a la gran barba negra y espesa y bigote que lo cubría.

Avanzó despacio hacia los muchachos con la mano derecha extendida ante él, con la que sujetaba una pistola niquelada de cañón largo.

A Pete le pareció que le apuntaba directamente a él. Sus nervios habían soportado ya demasiado para un solo día. Sin pensar lo que hacía, fue retrocediendo hacia la cerca.

El hombre continuó avanzando en dirección a Jupe.

—Dámela a mí —dijo—. Dame esa perla.

Por suerte para los nervios de Jupe él no miraba a la pistola, sino los pies de aquel hombre. Sin un minuto de vacilación se metió la perla en la boca, y la deslizó junto a uno de sus carrillos con la punta de su lengua.

—Si da un paso más, me la tragaré —dijo el Primer Investigador con voz algo alterada, pero sorprendentemente tranquila.

La mano del hombre temblaba. Con un impulso repentino se abalanzó sobre Jupe buscando su garganta como si quisiera sacudirle hasta hacerle expulsar la perla.



Bob se movió con rapidez tratando de agarrar a aquel hombre por los hombros y apartarlo de Jupe.

Pete retrocedió otro paso y casi se cae al tropezar con una escoba.

Sujetando a Jupe por la garganta con una mano, el hombre empujó a Bob con la otra golpeándole en el pecho con la culata de la pistola. Bob se dobló de dolor, pero continuó agarrándole por el hombro del impermeable.

Jupe se debatió mientras el hombre aumentaba la presión de su mano en su garganta, pero mantuvo la boca cerrada y la perla a salvo junto a su carrillo.

—¡Agáchate, Bob! —gritó Pete.

El Segundo Investigador había recobrado su valor. Bob se agachó en el preciso momento en que Pete describía un amplio arco con la escoba y golpeaba con fuerza la nuca de aquel hombre.

El hombre cayó de rodillas, la pistola se deslizó de su mano y le saltaron las gafas oscuras.

—Oh, bueno, no voy a poder con todos —dijo. Era divertido el modo en que lo dijo, pues en cuanto hubo pronunciado la última palabra guiñó un ojo, y continuó guiñándolo hasta que Jupe recogió la pistola.

—¿Está cargada? —preguntó el Primer Investigador.

—No. No, claro que no. Me dan mucho miedo las pistolas.

El hombre abría y cerraba el ojo derecho sin parar. Era evidente que no podía evitarlo. Era un tic nervioso. Se puso en pie tambaleándose y se dirigió hacia Jupe. Pete volvió a levantar la escoba.

—Tranquilo —le dijo el hombre—. De todas formas ya estoy harto de todo este asunto. Nunca debí iniciarlo, pero estuve jugando a las carreras de caballos, perdí y tenía que conseguir dinero rápido de alguna manera.

—Y hubiera hecho usted buen dinero de no haber sido por los halcones de Maureen Melody —dijo Jupe—. Me figuro que hemos tenido la suerte de que su paloma con nuestra tarjeta atada a la pata haya pasado hoy felizmente por sus bosques.

El Primer Investigador sacó la perla de su boca y la guardó en su bolsillo con cuidado. Sentía compasión por aquel hombre. Estaba muy nervioso y sudoroso debajo de aquel pesado impermeable

negro. Y debió resultarle sumamente molesto llevar todos aquellos pelos en la cara en un día tan caluroso.

—¿Por qué no se la quita? —sugirió amablemente—. Me refiero a la barba postiza.

—Con mucho gusto —dijo Guiños.

Sin la barba parecía desnudo e indefenso. Ya no se parecía en absoluto a Parker Frisbee, sobre todo después de que Jupe le ayudara a quitarse el impermeable que disimulaba su figuraba mucho más delgada que la de Frisbee.

Permaneció guiñando sin parar bajo la luz del sol y la mirada atenta de Bob y Pete mientras Jupe iba al Cuartel General para llamar al comisario Reynolds y contarle toda la historia.

CAPÍTULO 15
LA VENGANZA DE DON

—Guiños lo confesó todo y el comisario Reynolds les arrestó a los tres —decía Jupe—. Encerró a Parker Frisbee, a Kyoto y a Guiños. Frisbee y Kyoto han salido bajo fianza, pero Guiños dice que prefiere estar encerrado. Que así no apuesta a los caballos y supongo que también está un poco asustado de lo que pudieran hacerle Frisbee y Kyoto por haberse entrometido en su pequeño negocio del robo de perlas.

Los Tres Investigadores se hallaban sentados alrededor de la mesa del patio de Héctor Sebastián. Le habían estado contando la historia de las perlas y las palomas. Sebastián fumaba su pipa y de cuando en cuando hacía una pregunta.

—¿Cómo supo Guiños lo que estaban haciendo? —preguntó.

—Solía trabajar para Parker Frisbee —explicó Bob—, cuidaba de sus palomas y le ayudaba en la joyería, hasta que Frisbee le despidió por apoderarse de pequeñas cantidades. Pero por aquel entonces Guiños ya había visto bastante para saber que Frisbee conseguía perlas cultivadas de forma ilegal.

—De modo que, después de que Frisbee le despidiera —continuó Pete—, Guiños le siguió hasta descubrir qué era exactamente lo que estaba haciendo.

—Meter sus palomas mensajeras en la parte posterior de la camioneta de Kyoto. —Héctor Sebastián se sacó la pipa de la boca y carraspeó—. Y eso le dio a Guiños la idea de jugar al mismo juego. Todo lo que necesitaba era unas pocas palomas mensajeras de su propiedad. ¿Cierto, Jupe?

El Primer Investigador asintió.

—Guiños tenía dos cosas a su favor. Una, que Parker Frisbee era un astuto hombre de negocios, pero no demasiado ambicioso. Sólo metía una paloma en la camioneta dos o tres veces por semana. Casi siempre los mismos días. Algunas veces por la mañana y otras la noche anterior. Kyoto revisaba a diario su camioneta para ver si estaba la paloma. Frisbee tenía el menor contacto posible con Kyoto. Le pagaba una vez al mes poniendo un sobre con el dinero debajo de la arpillera con la que tapaba la jaula. Así no tenía que ver a Kyoto, ni que le vieran con él…

—A menos que algo fuera mal —intervino Bob—. Como cuando nosotros nos presentamos con *Galia* en la joyería. Frisbee tuvo que hablar con Kyoto de eso. Por eso encontramos a Parker Frisbee aquel día saliendo de casa de Kyoto.

—Y os invitó a una deliciosa comida japonesa. —El escritor de novelas de misterio volvió a meter la pipa en su boca y aspiró una bocanada de humo sin satisfacción aparente—. ¿Cuál es la segunda cosa que Guiños tenía a su favor, Jupe? —preguntó.

—El hecho de que Kyoto fuese japonés —explicó Jupe.

Para Kyoto todos los americanos bajitos y algo rechonchos con barba poblada y negra eran iguales. Especialmente si les veía únicamente a la luz del porche de su casa. Con una barba postiza y un impermeable que le hacía parecer más gordo, Guiños iba a la avenida de la casa de Kyoto y metía sus propias palomas en la camioneta y Kyoto creía que se trataba de Frisbee.

—Siempre que eligiera los días en que Frisbee no iba.

—Sebastián volvió a toser y dejó la pipa encima de la mesa.

—Exacto —convino Jupe—. Y funcionó durante bastante tiempo. Todo iba a las mil maravillas para Guiños. Sus palomas regresaban con una perla atada a la pata. Hasta que los halcones de Maureen Melody empezaron a matarlas.

—Supongo que conocería a la señorita Melody, o por lo menos, habría oído hablar de ella si trabajó para Frisbee —Sebastián recogió su pipa—, y descubrió lo mismo que vosotros: que sus palomas sobrevolaban sus bosques de regreso a Santa Mónica. Por eso empezó a envenenar sus halcones.

—Y entonces algo más le salió mal a Guiños. —Jupe miró a Bob —. ¿Por qué no continúas tú la historia? Gracias a que tú te fijaste en la pintura fresca del buzón, pudimos encajar esa pieza en su

lugar.

—Guiños estaba en un serio apuro el día que le conocimos en el restaurante del Caballito de Mar —dijo Bob tomando la palabra—. Debía dinero a su corredor de apuestas y estaba completamente desesperado. Había ido a la casa de Kyoto aquella mañana para meter su paloma en la camioneta verde y la camioneta no estaba allí. La casa estaba cerrada. Kyoto se había mudado. De modo que Guiños decidió esperarle en la carretera y seguirle hasta su casa cuando saliera del trabajo. Aún tenía consigo a la paloma de dos dedos en una pata y estaba tan nervioso que la olvidó cuando salió corriendo para seguir a la camioneta de Kyoto.

—Esa es la parte que más me intriga —Sebastián volvió a llenar su pipa con cierto aire de disgusto—. ¿Qué hizo entonces Guiños? ¿Por qué cambió a *Galia* por su paloma de dos dedos en el patio de la chatarrería?

—Esto sólo lo sabemos por lo que Guiños dijo al comisario Reynolds —replicó Jupe—. Siguió a Kyoto hasta su nueva casa y, para asegurarse de que Kyoto vivía allí, vigiló la casa aquella noche. Al cabo de un rato vio a Frisbee entrar por la avenida y depositar el acostumbrado paquete cuadrado en la parte de atrás de la camioneta de Kyoto. Guiños no esperaba eso. No era el día de Frisbee. Pero Frisbee había cambiado de día porque Kyoto hizo fiesta el día anterior para cambiarse de casa. Como Bob ha dicho, Guiños estaba desesperado. Aguardó a que se apagaran las luces de la casa de Kyoto y luego robó la paloma que estaba en la parte posterior de la camioneta. Ya había telefoneado a la camarera del restaurante y ella le dijo que nosotros habíamos recogido el paquete que dejó olvidado. De manera que vino en nuestra busca para recuperarla.

—Y alguien le dijo que vivías en el Patio Salvaje de los Jones. —Héctor Sebastián lanzó una bocanada de humo.

—Y entonces es cuando Guiños dio el cambiazo —dijo Pete—. Allí estaba su paloma de dos dedos en una gran jaula en mitad del patio. Entonces su problema fue, ¿qué hacer con *Galia*, la paloma de Frisbee?

—No podía soltarla —intervino Jupe—. De haberlo hecho, aquella misma noche *Galia* hubiera regresado a casa de Parker Frisbee, y Frisbee hubiera acudido inmediatamente a ver a Kyoto

para saber qué era lo que salió mal.

—De modo que os dejó a *Galia* en la jaula grande —prosiguió el escritor de novelas de misterio—. Y puso su paloma de dos dedos en la jaula de Frisbee que luego volvió a dejar en la camioneta de Kyoto.

—Exacto —exclamó Jupe—. Y entonces Guiños se fue a su casa a esperar a su paloma con la perla. Sólo que al día siguiente a mediodía no apareció. Los halcones de la señorita Melody la habían matado.

—Esta es la parte más desagradable —dijo Bob—. Guiños debía estar en los bosques de Maureen Melody envenenando a su halcón cuando nosotros fuimos a visitarla por primera vez. Y debió vernos hablar con ella en su sala de estar con *Galia*. También debió haber visto a la urraca favorita de la señorita Melody, *Edgar Allan Poe*, que entró después de nosotros con una perla en el pico.

—Y eso fue demasiado para él. —Héctor Sebastián lanzó una risa seca que se convirtió en tos. Volvió a dejar la pipa encima de la mesa—. El tonto de Guiños. Entonces perdió la cabeza. Estaba tan furioso con la urraca que la golpeó hasta matarla.

—Guiños seguía en el bosque cuando nos marchamos —dijo Jupe—. Nos vio bajar la avenida con *Galia* y, puesto que nos siguió, debía estar realmente asustado. Porque fuimos directamente a la joyería de Parker Frisbee.

—El automóvil negro de Guiños estaba aparcado en la calle cuando salimos —recordó Pete—. Y naturalmente *Galia* seguía con nosotros.

—Guiños debía estar confundido —sugirió Sebastián—. Ignoraba qué le habíais dicho a Parker Frisbee y qué os dijo él a vosotros.

—Frisbee no nos dijo nada —indicó Jupe—. Es demasiado listo para admitir que *Galia* era suya. Fingió no saber de quién era. Y luego trató de despistarnos diciendo que era un macho y no una paloma mensajera.

—Si Guiños hubiese sido la mitad de listo —convino Sebastián —, también habría actuado con frialdad.

—No pudo. Es demasiado nervioso —dijo Bob—. Quiso hacer que nuestras sospechas recayeran en Frisbee y, al mismo tiempo, tranquilizar a Frisbee dejando que *Galia* volviera junto a él. De modo que nos telefoneó, se puso la barba postiza y el impermeable,

y atacó a Jupe en el aparcamiento llevándose a *Galia*.

—Debo confesar que me engañó —admitió Jupe—. Claro que era ya casi de noche y sólo le vi la cara un segundo. Pero la verdad es que creí que era Parker Frisbee con aquella pistola. Igual que pensé que era Frisbee quien me atacó en el bosque.

—¿Cuándo empezaste a sospechar que no lo era? —preguntó el escritor— ¿Qué te hizo pensar que tal vez fuese Guiños disfrazado?

—En parte porque el hombre de la barba se asustó tanto cuando le enfoqué la cara con el faro de mi bicicleta en el bosque —explicó Jupe—. Y más tarde encontramos unas huellas que parecían de Guiños. Pero lo descubrí gracias a Pete. La tarde que estuvimos escondidos junto a la carretera vigilando el criadero de ostras, Pete llevaba gafas oscuras. Y de pronto me di cuenta de que no podía ver sus ojos. Esa era la única cosa que Guiños no podía disfrazar. El ojo que no cesa de guiñar. De modo que tuvo que usar gafas oscuras para ocultarlo. Incluso de noche.

Héctor Sebastián cogió su pipa y, después de olerla, se la llevó a la boca de mala gana.

—¿Y cómo está Maureen Melody estos días? —preguntó—. Feliz como un pájaro, supongo.

—Sí —dijo Pete, sonriendo—. Por lo menos ahora nadie envenena sus halcones. Pero se lamenta de que *Ralph Waldo Emerson* no le traiga perlas. No creo que el fraudulento plan de Frisbee tuviera nada que ver con ella.

El escritor de novelas de misterio fumó unos instantes en silencio hasta que volvió a toser.

—Aborrezco esta pipa —dijo—, pero tengo que fumarla me guste o no.

—¿Por qué? —Jupe estaba intrigado.

—Por el olor que hay aquí. ¿No habéis reparado en el olor?

Bob aspiró profundamente por la nariz. Venía un ligero aroma desde la cocina. Pero a él le resultaba agradable. Olía a buen guiso.

—¿Qué olor? —preguntó.

—Oh, ya lo veréis —le dijo Héctor Sebastián—. Don nos traerá pronto la comida y lo veréis —suspiró con nostalgia— Oh, quién pudiera comer unas pocas algas.

El criado vietnamita vino minutos más tarde con una enorme bandeja de comida encima de su cabeza. Llevaba puesta una

mascarilla de gasa para taparse la nariz y la boca. Dejó la bandeja encima de la mesa.

—Su comida favorita, señor Sebastián —dijo—. ¿No es cierto?

—No —Héctor Sebastián volvió a suspirar—. Me está castigando por mi glotonería —explicó a los muchachos.

Pete acercó su silla a la mesa. Valiente castigo, pensó.

—Tiene un aspecto delicioso —dijo.

—No cuando se come lo mismo por la mañana, por la tarde y por la noche —protestó Héctor Sebastián—. Y Don me ha amenazado con darme lo mismo durante una semana entera. Tres veces al día.

Se llevó la pipa a la boca.

—Por eso tengo que fumar esto —dijo—. Es la única manera de quitarme este olor a frito de la nariz.

Miró al vietnamita.

—Ese olor espantoso y desagradable. ¿No es así como tú lo llamas, Don?

Don aspiró a través de su mascarilla.

—¿Qué olor? —preguntó sirviendo el jamón, los huevos, las salchichas y las patatas fritas—. Yo no huelo nada. Ni siquiera la pipa.

Jupe miró el plato de comida que Don había colocado ante él.

—Para mí, no, gracias —dijo apartando el plato con pesar—. Estoy a dieta —explicó el Primer Investigador—. De manera que no tomaré nada, gracias. —Jupe sonrió cortés al criado vietnamita—. A menos que, por casualidad, tenga a mano, algunas algas de esas tan buenas y que no engordan —añadió.

FIN